UNIVERSOS JURÍDICOS
Revista de derecho público y diálogo multidisciplinar

La prensa mexicana, la bomba atómica sobre Japón y el nuevo orden mundial.

The mexican press, the atomic bomb over Japan, and the new world order

Laura Pérez Rosales

1. Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana

UNIVERSOS JURÍDICOS. Revista de derecho público y diálogo multidisciplinar. Año 14, No. 26, mayo-octubre 2026, ISSN 2007-9125
Cómo citar este artículo en formato APA
Pérez, L. (2026). La prensa mexicana, la bomba atómica sobre Japón y el nuevo orden mundial. Universos Jurídicos, pp. 63-42.
Fecha de recepción: 15 de noviembre de 2025
Fecha de aceptación: 11 de febrero de 2026

CC BY NC SA

UNIVERSOS JURÍDICOS
Revista de derecho público y diálogo multidisciplinar

SUMARIO: Sumario: I. Introducción. II. La prensa mexicana y la bomba atómica. III.El final de las hostilidades. IV. Consideraciones finales. V. Fuentes de información.

Resumen: El lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945 marcó un hito trágico que puso fin a la Segunda Guerra Mundial, generando un profundo impacto mundial y despertando incertidumbre sobre el futuro. La prensa mexicana reflejó una diversidad de posturas que oscilaban entre la admiración científica por el descubrimiento de la energía nuclear y la condena moral de sus consecuencias humanitarias devastadoras. Mientras en Estados Unidos la información estaba fuertemente censurada por motivos militares y estratégicos, la prensa mexicana difundió perspectivas científicas y sociales, señalando el enorme costo en vidas humanas más de 200 mil muertos, destacando debates políticos internacionales, incluido el surgimiento de la Guerra Fría y la rivalidad nuclear. Intelectuales mexicanos y periodistas denunciaron la degradación moral derivada del uso bélico de la ciencia y reflexionaron sobre la necesidad crucial de un orden mundial basado en la paz, justicia y control del poder atómico para evitar nuevas tragedias globales.

Palabras claves: Bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, Control y censura de la información, impacto en la prensa mexicana. Proyecto Manhattan, Nuevo orden mundial y riesgos de la energía atómica

Abstract: *The dropping of atomic bombs on Hiroshima and Nagasaki in August 1945 marked a tragic turning point that brought World War II to an end, generating a profound global impact and sparking uncertainty about the future. The Mexican press reflected a diversity of positions, ranging from scientific admiration for the discovery of nuclear energy to moral condemnation of its devastating humanitarian consequences. While information in the United States was heavily censored for*

military and strategic reasons, the Mexican press disseminated scientific and social perspectives, highlighting the enormous cost in human lives, more than 200,000 dead, and underscoring international political debates, including the emergence of the Cold War and nuclear rivalry. Mexican intellectuals and journalists denounced the moral degradation resulting from the military use of science and reflected on the crucial need for a world order based on peace, justice, and the control of atomic power to prevent future global tragedies

***Keywords*:** : Atomic bombs of Hiroshima and Nagasaki, Control and censorship of information, Impact on the Mexican press, Manhattan Project, New world order and risks of atomic energy

I. Introducción

El lanzamiento de bombas atómicas a las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki a principios de agosto de 1945 sumió a la humanidad en una continua incertidumbre, amenaza y terror. Las cientos de víctimas provocaron que hasta hoy en día se recuerde el dolor que debieron haber experimentado los habitantes de amas ciudades japonesas. El 6 de agosto -fecha del lanzamiento de la primera bomba atómica, sobre Hiroshima- el gobierno del presidente Harry S. Truman decidió a cortar de tajo la guerra con Japón para salvar vidas norteamericanas, vidas japonesas y las de cientos de soldados integrados a las fuerzas aliadas. El inconmensurable sacrificio que padecieron los habitantes de esas dos ciudades implicó la muerte de poco más de 200 mil personas, mutilaron a miles y dejaron secuelas en muchos para toda la vida. Tras la explosión y el fin de la Segunda Guerra Mundial, poco más del 80% de la opinión pública estadounidense apoyaba aquel ataque que evidenciaba su poder.

Un mes y medio después del lanzamiento de la primera bomba, se dio a conocer una norma que controlaba la prensa: cualquier información sobre las ciudades

bombardeadas debía primero ser revisada por las autoridades militares norteamericanas con el argumento de que el conocimiento detallado sobre lo ocurrido y sus consecuencias podía provocar protestas sociales. Sólo en algunos casos, los diarios norteamericanos de mayor prestigio trataban de allegarse de información fidedigna. Sin embargo, en febrero de 1946 la revista Time publicó el testimonio de seis personas entrevistadas por el periodista norteamericano John Hersey, corresponsal en China, quien fue el autor del libro Hiroshima, en el que narraba el dolor y consecuencias en las víctimas civiles de la ciudad. Otro testimonio de gran valor fue el de Pedro Arrupe, misionero jesuita asentado en la ciudad de Hiroshima. Quien años después sería el General de la Compañía de Jesús estaba en el Noviciado jesuita localizado a unos ocho kilómetros de la ciudad de Hiroshima, cuando muy temprano el 6 de agosto de 1945 escuchó el estruendo provocado por la caída de la bomba. Arrupe y los novicios lograron sobrevivir y, después de salir de entre los escombros, se organizaron rápidamente para acudir en ayuda de las víctimas y fue así que observaron el horror instalado en Hiroshima y sus incontables víctimas. Tres días después, el 9 de agosto, otra bomba fue lanzada sobre Nagasaki. El imperio japonés entendió que, de no rendirse, su territorio sería devastado. El 2 de septiembre de 1945, a bordo del acorazado norteamericano Missouri, se firmaba la rendición formal de Japón. En México, la noticia fue recibida con gran júbilo, las campanas de la Catedral Metropolitana se lanzaron al vuelo y las personas aplaudían y se abrazaban. Los periódicos de tiraje nacional llenaron sus primeras planas con la noticia de la rendición de Japón y el fin de las hostilidades. Se recordó la presencia del Escuadrón 201, el cual participó en acciones militares en el Pacífico.

La rendición incondicional de Japón marcó también el final de la Segunda Guerra Mundial y los diarios de todo el mundo llenaban sus titulares con el anuncio de la paz. En México, a finales de los años cuarenta del siglo pasado, se recibía la información internacional vía las agencias noticiosas extranjeras, principalmente

estadounidenses. Con la rendición de Japón, tanto en México como en el resto del mundo, cada vez era más fuerte el sentimiento de la incertidumbre: ¿cuáles serán los alcances de la energía atómica en el futuro cercano? ¿Quién concentraría el conocimiento y control de una fuerza atómica que prometía avances tecnológicos pero que igualmente era una amenaza para la sobrevivencia humana? Conforme llegaba la información sobre la naturaleza de las bombas atómicas, sobre su capacidad destructiva y la devastación que habían provocado en Hiroshima y Nagasaki, la prensa mexicana publicaba información y artículos de científicos, políticos, académicos o dirigentes sociales. No había una opinión unánime, excepto la admiración, casi hechizo, al saber que se había logrado la liberación de energía en forma de calor y de radiación al impactar el núcleo del uranio. El mundo se quedó atónito y expectante frente al futuro de la humanidad.

El descubrimiento y utilización -vía bombas- de la energía nuclear no era un acontecimiento surgido de la nada. Los antecedentes se remontaban a los estudios sobre el radio, el polonio y el uranio en Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Las aportaciones científicas del gran físico Albert Einstein, sumadas a las de varios físicos norteamericanos e ingleses, fueron aprovechadas en Estados Unidos desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial para conocer y valorar las ventajas de la energía atómica y utilizarla como arma bélica. Para lograrlo, se necesitaban cumplir con al menos tres requisitos: fuerte apoyo financiero, un grupo de científicos dedicados de lleno a la investigación de la energía atómica y un espacio para la experimentación. El primer requisito estuvo garantizado por el gobierno norteamericano. Con la coordinación del ejército al frente de la logística, había que elegir a la cabeza del grupo de científicos encargados de los estudios: se decidió nombrar al físico estadounidense Albert Oppenheimer y, en cuanto al espacio de experimentación, se eligió Nuevo México para llevarlos a la práctica. La tarea implicaría la participación de miles de personas encabezadas por los

mejores físicos e ingenieros del país, con una inversión casi sin límite y con el Ejército detrás de toda esa organización. El proyecto se denominó Manhattan porque allí estaba la sede del regimiento de ingenieros. El jefe militar de la enorme tarea recayó en el general Leslie Richard Groves, quien acababa de dirigir la construcción del mayor edificio en planta del mundo, el Pentágono.

Aquí mostraremos la recepción periodística en México relacionada con el bombardeo atómico sobre Hiroshima y Nagasaki, percepción que mostraba la diversidad de posturas y juicios sobre una de las más devastadoras experiencias bélicas del siglo XX. Científicos, académicos o políticos no pudieron quedar ajenos ante el dolor y aniquilamiento causado por el lanzamiento de dos bombas atómicas sobre la sociedad civil japonesa y su inevitable y doloroso recuerdo, cuya ceremonia anual hasta el día de hoy demuestra el deseo por el no olvido.

II. La prensa mexicana y la bomba atómica.

En julio de 1945, un empresario regiomontano, Raúl O'Leary, se encontraba en El Paso, Texas por razones de negocios. Permaneció tres semanas en Nuevo México y cuando caminaba en Álamo Gordo, - aproximadamente a dos horas de El Paso-, súbitamente escuchó un estruendo tras una explosión por lo que "La tierra se estremeció y la atmósfera adquirió matices indescriptibles…". En un principio, O'Lary pensó que se trataba de un sismo o de algún fenómeno subterráneo. Ignoraba que Los Álamos había sido elegida como la base para ubicar un asentamiento humano con el objetivo de investigar sobre la energía atómica. Y, en efecto, con el tiempo, el empresario mexicano supo que la zona de Álamo Gordo era una zona de estudios y experimentos con la energía atómica obtenida del uranio. Sin quererlo, fue un testigo de uno de esos experimentos y

del estruendo provocado “cuando una de esas bombas atómicas hace explosión.”(Esiquio, 1945)

En efecto, en Los Álamos se investigaba, diseñaba y construía la bomba atómica y esa zona era la sede del Proyecto Manhattan, cuyo responsable era el físico norteamericano Robert Oppenheimer. En menos de dos años, Los Álamos pasó de ser una pequeña escuela, perdida a la vera de un cañón despoblado, a una pequeña ciudad en la que se resguardaba el secreto militar y científico más importante de la historia del siglo XX. Oppenheimer viajó a diversas universidades por todo Estados Unidos para reclutar a los mejores científicos, entre quienes se encontraban, por ejemplo, Enrico Fermi y Richard Feynman.

La información periodística que llegaba a México sobre la investigación relacionada con la energía atómica era poca, en buena medida, a que dependía de la información proveniente de las agencias norteamericanas, las cuales, a su vez, tenían también limitaciones para acceder al “secreto más guardado en la Historia”. Además, en los años treinta y cuarenta, México prácticamente carecía de corresponsales periodísticos en Europa o en Asia que sirvieran de puente entre los acontecimientos in situ y los diarios nacionales. Prácticamente se dependía de los cables, telegramas o llamadas telefónicas de los corresponsales norteamericanos o ingleses.

Las notas sobre la guerra con Japón y su resistencia ante el embate de los Aliados en la llamada “Guerra del Pacífico”, generaron mucha información. A principios de agosto, poco antes del lanzamiento de las bombas, Japón no daba trazas de suspender su enfrentamiento con las tropas norteamericanas y canadienses. El presidente Harry S. Truman (1945-1953) -quien recién había llegado a la presidencia en abril de 1945- firmó el 1°de agosto el tratado de Potsdam por el cual Estados Unidos, Reino Unido y la URSS acordaron el futuro

de la Europa de la posguerra. Además de abordar el tema de la administración de la Alemania vencida, se tomó igualmente la decisión de exigir la rendición incondicional del Japón. El Imperio del Sol Naciente se negó rotundamente a ello, principalmente la camarilla militarista del gobierno. La respuesta de los Aliados fue inmediata: amenazó con bombardear Japón si este persistía en su negativa a la rendición total.

El jueves 2 de agosto de 1945, Excélsior informaba sobre ataques a las fábricas de Mitsubishi, Hayama, Asaihi y Aikoku, todas ellas esenciales para la menguante producción petrolera japonesa. Además, nueve ciudades japonesas estaban en la mira de las fuerzas aliadas: Fukuyama, Koriyama, Maebashi, Maizuru, Nagano, Nishinomiya y Otsu, en la isla de Honshu, la principal de Japón; Hakodate, en la de Hokkaido, y Kurume en la de Kiushu. Según la agencia AP, “Los 832 mil japoneses, poco más o menos, que viven en dichos centros industriales o puertos, todos con metas militares, han recibido ya una o dos advertencias, de parte de la 20ª Fuerza Aérea norteamericana, para que se retiren de las ciudades.” (Associated Press, 1945)

El viernes 3 de agosto, el corresponsal de la AP (Associated Press) en Manila, Filipinas, informaba que más de 250 aviones de la fuerza aérea estadounidense habían destruido buena parte de la gran bahía de Nagasaki, hundido diez barcos, averiado un submarino y se habían provocado grandes incendios. Veinte aviones japoneses se opusieron al intenso ataque contra Nagasaki -uno de los tres centros japoneses productores de barcos- y otros 44 aviones abandonaron su base para hacer frente a los ataques norteamericanos. La ciudad fue bombardeada poco después de que más de 500 cazas y bombarderos norteamericanos atacaron Kiushu (Hutchenson, 1945).

La información internacional llegaba a México a través de agencias extranjeras o de corresponsales norteamericanos estacionados en las Islas Guam o en Manila. La versión japonesa de los hechos pasaba por el filtro de las agencias, de los corresponsales norteamericanos o del ejército. Todos hacían hincapié en la actitud arrogante y aguerrida de los japoneses quienes, para agosto de 1945, días antes del lanzamiento de las bombas, se mostraban decididos a resistir el embate de las fuerzas norteamericanas. La información hemerográfica daba cuenta del interés de la aviación de Estados Unidos por afectar, principalmente, cruces de trenes, fábricas de producción de armas, centros petroleros y puertos. Desde Manila, el corresponsal de AP informaba que más de 250 aviones norteamericanos habían hundido una decena de barcos japoneses, submarinos y provocado no pocos incendios. El general Douglas MacArthur, jefe de las fuerzas aéreas norteamericanas, proporcionaba información a AP sobre la principal base de aviones japoneses en Okinawa. Los japoneses sabían de una inminente invasión norteamericana y de su plan de atacarles por aire y bombardear las ciudades más importantes, en el que Nagasaki estuviera en el centro de los ataques. La ciudad fue bombardeada por más de 500 cazas (Hutcheson, 1945). La razón era sencilla: en ella se ubicaban patios ferroviarios y zonas de almacenamiento de combustibles cercanos a la bahía y además era el puerto marítimo de la parte occidental de la isla de Kiushu, con una población de 250 mil habitantes.

Desde Washington, la prensa reproducía el parecer de los jefes militares, quienes confiaban en que la derrota del Japón sería un hecho en 1946. Japón persistía en su rechazo al ultimátum lanzado en Potsdam por los Aliados. De acuerdo a los militares japoneses, la población nipona se oponía a la rendición. Según la versión norteamericana, eran los soldados japoneses quienes estaban adoctrinados en la lealtad incondicional a su emperador, aceptando incluso actos suicidas. Como estrategia de comunicación, la prensa y la radio japonesas -

según los cables de los periodistas norteamericanos- desempeñaban un papel importante para resaltar el triunfo de Japón sobre China. Lograron convencer al pueblo japonés sobre la necesidad de resistir aún frente a un supuesto ataque con gases venenosos. A pesar de la resistencia japonesa, el periodista Drew Pearson informaba desde Washington que la flota japonesa estaba prácticamente destruida, su fuerza aérea inactiva debido a la falta de gasolina y los mandos militares empezaron a adoptar un perfil más que discreto pues -al ser los estrategas en la guerra- podría recaer sobre ellos el repudio popular por el fracaso casi inminente de sus planes militares (Pearson, 1945).

El 5 de agosto de 1945, víspera del lanzamiento de la bomba en Hiroshima, los cables periodísticos norteamericanos informaban que 13 ciudades industriales japonesas estaban marcadas con la amenaza de ser devastadas. Pero siempre se decía que dicho ataque provendría de “superfortalezas”, un tipo especial de bombarderos norteamericanos. Según dicha información, los aviones dejaron caer 720 mil hojas impresas en las que se advertía a los pobladores que, en caso de no rendirse, tenían dos opciones: huir de esas ciudades o bien atenerse a las consecuencias de los bombardeos. Ese día despegaron desde temprana hora para lanzar sus advertencias, dirigidas sobre todo a 31 puntos industriales japoneses. En realidad se acudía a una guerra psicológica para advertir y aterrorizar a la población e igualmente para que la opinión pública estadounidense supiera que los japoneses estaban advertidos de algún ataque mayúsculo. La primera ciudad en ser advertida fue Yawata, localizada en la isla de Kiushu, ciudad considerada como la Pittsburgh de Japón. Otra ciudad importante en los planes de bombardeos fue Akita y su puerto Tsuchizaki, el cual era el centro productor de petróleo más importante de Japón. Además, estaban amenazadas las ciudades de Hachinohe, Urawa, Fukishima, Takayama, Tottori, Iwakuni, Saga, Miyakonojo, el puerto de Otaru, e Imabari. De acuerdo a la información norteamericana, desde julio se contaban ya tres advertencias preventivas de lo

que ellos llamaban “asaltos de la campaña”. Todavía el 4 de agosto se había informado sobre el lanzamiento de tres millones de hojas impresas sobre Honshu y Tokio en las que se resumía el ultimátum de rendición exigido por los aliados (Associated Press, 1945).

Las conjeturas sobre la invasión y lanzamiento de bombas sobre Japón eran continuamente comentadas en las emisoras radiofónicas japonesas, divididas entre aquellas que opinaban que Japón no debía rendirse y otras convencidas de que las fuerzas norteamericanas podrían ganar con base en “una grandísima habilidad y en enorme escala”. Las radiodifusoras japonesas eran interceptadas por la Comisión Federal de Comunicaciones en Washington y ésta informaba que no había necesidad de contraatacar al enemigo en esos momentos o, cuando menos “hasta que se inicien las operaciones del adversario”. Los comentaristas norteamericanos consideraban que los “orientales están hechos de madera más dura” mientras que los japoneses desmentían la versión norteamericana de que deliberadamente se habían establecido campamentos de prisioneros norteamericanos en las zonas adyacentes a los puntos elegidos para los bombardeos norteamericanos como forma de disuasión de estos. Para los japoneses, todo el país estaba amenazado por los asaltos norteamericanos (Excélsior, 1945).

El papel de la información de los militares norteamericanos, en entrevistas o publicada en los medios, fue fundamental para que los civiles, tanto en los Estados Unidos como en el mundo en general, tuviera una visión oficial de los acontecimientos en la Guerra del Pacífico. De hecho, los militares estaban a la cabeza del Plan Manhattan y eran quienes controlaban la logística e información sobre la bomba atómica. Por ejemplo, el coronel W. H. Tracy publicó un artículo periodístico en el que consideraba que los japoneses tomaban las advertencias norteamericanas sobre un agresivo bombardeo como una mera estrategia de la

propaganda norteamericana. Pero, escribía, la destrucción de no pocas ciudades japonesas era una amenaza real y el ultimátum estaba lejos de ser una falsa alarma (Tracy, 1945). Para Tracy los avisos a la población civil pretendían, sobre todo, que las ciudades próximas a ser bombardeadas fueran evacuadas y, además, eran señal de la "enorme superioridad de que gozamos y la convicción de que la defensa japonesa no puede hacer nada para cortar la trayectoria de nuestros bombardeos."(Tracy, 1945) Naturalmente el texto del militar norteamericano describía y se enorgullecía de los avances y triunfos de los cazas norteamericanos contra los dos últimos acorazados nipones así como el resto de su flota de guerra y buena parte de la mercante, todo lo cual dificultaba la transportación de tropas hacia las zonas que se sabía serían atacadas por los ataques anfibios estadounidenses.

Los australianos fueron aliados de los norteamericanos en su avance por el territorio de Borneo y sobre el Asia sudoriental, lo cual se completaba con el control de las fuerzas británicas frente a la costa de Malasia. El coronel Tracy reconocía que la aviación japonesa ya demostraba "su impotencia para seguir luchando por tierra, aire o tierra…y todo lo que queda ahora al enemigo es un cierto número de destructores y dos o tres cruceros que, al carecer de protección aérea, serán destruidos tan pronto como intenten hacerse a la mar."(Tracy, 1945). Además, el apoyo de la flota inglesa a la fuerza aérea norteamericana fortalecía aún más el plan de ataque de Estados Unidos y la garantía de su éxito.

El 5 de agosto, el corresponsal de AP, James Hutcheson, informaba que el general Douglas MacArthur -Comandante supremo de las fuerzas aliadas- había anunciado la extensión de la jurisdicción de su mando hasta las islas Riukiu con su campaña titulada "Adelante hasta Tokio". El periodista enumeraba la preparación de más de seis cuerpos de soldados tanto terrestres como navales, controlando las islas japonesas que se extendían desde Formosa hasta las islas

japonesas, de lo cual se serviría MacArthur para continuar con el asalto a Japón. Los japoneses aún dominaban el grupo de islas de Sakishima, entre Okinawa y Formosa, la parte norte de Amamiy, los archipiélagos de Takara y de Osumi. Aun así, los periodistas no sabían si el asalto final contra Japón sería por tierra o por mar (Hutcheson, 1945).

El 6 de agosto, AP informaba desde las Islas Marianas que más de 500 súperfortalezas B-29 habían arrojado casi cuatro mil toneladas de bombas incendiarias sobre la planta industrial de la Ube Coal Liquefaction y zonas industriales adyacentes. Según el corresponsal de AP, 21 ciudades estaban amenazadas de recibir bombas incendiarias. Poco más de 140 bombarderos y cazas estadounidenses -despegando de Okinawa, ciudad en donde se encontraba la base militar norteamericana- prácticamente hicieron desaparecer a la isla de Kiushu y 80 aviones Mustang bombardearon Tokio. Según informes de la Fuerza aérea norteamericana, 31 ciudades estaban advertidas de bombardeos, lo cual había sido anunciado a la población a través de radioemisiones o volantes arrojados desde los aviones. A estas alturas, 55 ciudades japonesas casi habían sido destruidas con bombardeos de las súper fortalezas asentadas en las islas Marianas, afectando 400 kilómetros cuadrados ocupados sobre todo por fábricas de productos bélicos (Associated Press, 1945).

El 6 de agosto de 1945, los diarios de todo el mundo, a ocho columnas, dieron la noticia del bombardeo atómico a Japón. Se anunciaba que la bomba atómica había provocado “terremotos artificiales en el Japón” y en el subtítulo se especificaba que la bomba atómica era “el arma más destructora que el hombre ha podido crear y comenzó a usarse para la aniquilación total del Mikaido.”(Excélsior, 1945) Con el lanzamiento de la bomba atómica sobre una ciudad de casi 300 mil personas, el secreto más grande de la historia dejaba de serlo. El mundo enmudeció de asombro y horror al mismo tiempo.

Los propios pilotos del bombardero informaron que “Eran las 9:15 de la mañana cuando arrojamos nuestra bomba.” “Vimos un resplandor, sentimos los estallidos, me recordaron el fuego tupido de las baterías antiaéreas. Nos quedamos en la zona de la meta, viendo lo que ocurría abajo y la elevada columna de humo. Jamás he visto cosa parecida.”(Associated Press, 1945) De acuerdo a la Associated Press, la información proporcionada por las autoridades era muy poca y daba lugar a especulaciones sobre los estragos y elección de Hiroshima como el objetivo elegido para dejar caer la bomba: su importancia -según los militares- se debía a que “el tiempo estaba despejado y la visibilidad era tal que permitía observar bien la explosión de la bomba. No se tropezó con ninguna dificultad para llegar a la meta.”(Associated Press, 1945). Las reacciones de los militares norteamericanos responsables del bombardeo oscilaban entre el estupor y la fascinación del éxito técnico de la bomba lanzada sobre la población. El general Carl Spaatz, responsable de la logística del bombardeo, no dudó en calificarlo como “el acontecimiento más revolucionario que registra la historia” lo cual se complementaba con sus declaraciones sobre los efectos destructivos en Hiroshima: “Una montaña de humo se elevaba como un gigantesco hongo. En la parte superior se veía humo blanco, pero a cosa de 300 metros de suelo había grandes remolinos de polvo. Poco después estallaron pequeños incendios en la orilla de la población. Esta queda completamente obscurecida por la nube de humo y polvo. Permanecimos en los alrededores durante dos o tres minutos. Para entonces el humo alcanzaba una altura de cosa de mil 200 metros.”(Excélsior, 1945). Su testimonio sobre la capacidad destructiva de la bomba no obstó para afirmar que, de haberla utilizado Europa “… se habría acortado la guerra en seis u ocho meses.”(Excélsior, 1945).

Lejos de las declaraciones de militares y políticos, la situación en Hiroshima era desastrosa. Los servicios de trenes hacia Hiroshima se suspendieron, ciudad que -reconocieron los japoneses- resintió “daños de consideración.” La opinión de la

Iglesia católica no se hizo esperar. El Vaticano se pronunció a través de un editorial en el Osservatore Romano, órgano oficial de la Santa Sede, al declarar que "El empleo de las bombas atómicas en el Japón ha creado una impresión desfavorable en el Vaticano." (O´Brien, 1945) La presencia de la Iglesia católica en Japón era limitada pero activa. Una de las misiones en Japón era la de los sacerdotes jesuitas, a cuya cabeza estaba Pedro Arrupe. Él y otros jóvenes jesuitas se encontraban en el noviciado de Nagatsuka, localizado a cinco kilómetros de la ciudad de Hiroshima. En esta ciudad tenían dos casas: una en el centro mismo de la ciudad, que era la parroquia y, la otra, era el Noviciado de Nagatsuka para los novicios japoneses. El día que cayó la bomba en Hiroshima y después de sobreponerse del impacto destructivo, Arrupe -con formación de médico- y los demás jesuitas improvisaron un hospital de campaña en la casa del noviciado. En ella acomodaron a más de 150 heridos, de los cuales lograron salvar a casi todos[1]. Y no faltaron las voces disonantes incluso desde el mundo científico, como fue el caso del Dr. Harry Barton, director del Instituto Americano de Física, quien no dudó en declarar en Nueva York que se había convertido en una "verdadera necesidad que las energías de la especie humana se empleen constructivamente y no en la destrucción del género humano."(Associated Press, 1945)

[1] Pedro Arrupe, S.J. rescató en su libro 'Yo viví la bomba atómica' sus experiencias del día del bombardeo sobre Hiroshima. El 6 de agosto de 1945 se encontraba en el Seminario jesuita localizado en las afueras de Hiroshima con 35 jóvenes y varios jesuitas. A las 08:15 horas vio «una luz potentísima, como un fogonazo de magnesio, disparado ante nuestros ojos". Al abrir la puerta que daba hacia la ciudad "oímos una explosión formidable, parecido al mugido de un terrible huracán, que se llevó por delante puertas, ventanas, cristales, paredes endebles…, que hechos añicos iban cayendo sobre nuestras cabezas". Fueron tres o cuatro segundos "que parecieron mortales", aunque todos los allí presentes salvaron sus vidas. Ante ellos se extendía "un enorme lago de fuego" que con el paso de los minutos dejó a Hiroshima "reducida a escombros". Los que huían de la ciudad lo hacían "a duras penas, sin correr, como hubieran querido, para escapar de aquel infierno cuanto antes, porque no podían hacerlo a causa de las espantosas heridas que sufrían". Arrupe era médico y, junto con el resto de los jesuitas, improvisaron un hospital en la casa del noviciado. Allí lograron acomodar a más de 150 heridos, de los cuales lograron salvar a casi todos, aunque la gran mayoría de ellos sufrieron los devastadores efectos de la radiación atómica en el ser humano.

Por su parte, el presidente Truman anunció -16 horas después de haber ordenado el lanzamiento de la bomba atómica- que la bomba atómica se había perfeccionado y que la aviación norteamericana había arrojado la primera muestra de la devastadora arma sobre la ciudad de Hiroshima. Desde Washington, la AP informaba que la fuerza destructora de la bomba atómica aceleraría la rendición de Japón. Su energía -se informaba- era superior en más de dos mil veces a las que habían arrojado los aviones B29 sobre diversas ciudades japonesas. Para el secretario de Guerra, Henry Stimson, la fuerza de la bomba "será una enorme ayuda" para acortar la guerra contra el Imperio japonés. Para los estadounidenses, el bombardeo era justificable pues los japoneses fueron "quienes provocaron la guerra en el Lejano Oriente". La recepción del bombardeo, en general, era aprobado.

Durante los días posteriores al lanzamiento de la bomba atómica, Excélsior reproducía diversos artículos sobre el Proyecto Manhattan, encargado de la factura de la bomba. Se aplaudía el adelanto científico y se le reconocía como el factor determinante para el triunfo de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Entre admiración, temor e incertidumbre, las notas periodísticas de diversas agencias informaban sobre la ubicación de diversos laboratorios en "ciudades secretas" en donde se investigaba sobre la desintegración del átomo para la generación de energía nuclear: en Santa Fe, Nuevo México, Oak Ridge, Tennessee, Richland, en el estado de Washington (Excélsior, 1945).

La prensa mostraba cada vez con más frecuencia el interés por conocer con mayor precisión el origen, estudios, experimentos y características de la bomba atómica. Se desconocían, por ejemplo, las dimensiones de la bomba, los daños causados en Hiroshima y lo único que se sabía era que el uranio, elemento radioactivo inestable, formaba parte de la manufactura del explosivo. Se concluía que el uranio, junto con el petróleo, se convertiría en los elementos estratégicos

para los Estados Unidos. Ante la escasez de informes de autoridades militares o científicas, las declaraciones del presidente Truman eran prácticamente la única fuente de información sobre la bomba atómica. Eran una mezcla de satisfacción y orgullo por haber tenido éxito en la utilización de la bomba atómica aún a costa de miles de muertes humanas y destrucción material. La arrogancia y necedad de los japoneses eran los argumentos esgrimidos por las autoridades norteamericanas para justificar el bombardeo nuclear sobre Hiroshima. Más aún, el presidente Harry S. Truman, desde Washington, se jactaba de que: "Se están fabricando bombas todavía más poderosas. Se trata de una bomba atómica. Aprovecha la fuerza básica del universo. La fuerza de la cual el sol obtiene su energía ha sido desatada contra aquellos que provocaron la guerra en el Lejano Oriente."(Excélsior, 1945) Aún antes de 1939, los científicos alemanes sabían que, teóricamente, era posible emplear la energía atómica, pero no habían encontrado el método que lo hiciera posible. Se desató entonces una verdadera guerra de laboratorios que generaba tensiones por el deseo de controlar la guerra en tierra, aire y mar. A partir de 1940, la investigación se concentró en los laboratorios británicos y norteamericanos para encontrar la forma de crear una bomba atómica que pudiera ser utilizada para lograr la victoria final. Los alemanes habían instalado laboratorios sobre la investigación nuclear en Noruega, los cuales fueron prácticamente arrasados en el invierno de 1943. Por su parte, los científicos británico-norteamericanos contaban con enormes recursos industriales, financieros y políticos para tal empresa. Ante los riesgos que representaban los estudios y experimentos en Inglaterra, tanto Winston Churchill como el presidente Roosevelt habían acordado que la investigación científica se llevara a cabo en Estados Unidos, en donde se ubicaban grandes plantas y fábricas secundarias que se concentrarían en la producción de la fuerza atómica. En su momento de apogeo se llegaron a contar poco más de cien mil empleados distribuidos en dichas plantas.

En vista de la escasez de información sobre la obtención y manejo de la energía nuclear, los periódicos expresaran que no se contaba con datos para valorar el daño en las personas. Se preguntaban si sus efectos devastadores se harían sentir a gran escala o sólo de vez en cuando o en qué medida. En todo caso, la prensa la calificaba como una "nueva y terrible arma" o "monstruo destructor" (Associated Press, 1945). Abiertamente se consideraba que tal poderío destructor era un secreto. Se criticaban las declaraciones del secretario de Guerra, Henry L. Stimson, quien declaró que "por razones de seguridad no se revelaría la índole de su acción" (Idem). Por su parte, los diplomáticos consideraban que la bomba atómica se convertiría en el "gran garrote" de la paz y seguridad en el mundo, siempre y cuando no cayera "en manos extrañas", y fuera controlada por Estados Unidos y la Gran Bretaña (Associated Press, 1945).

La recepción periodística en México sobre el lanzamiento y consecuencias de la bomba atómica sobre Hiroshima fue difundida principalmente en las grandes ciudades y a través de los diarios de alcance nacional. El primer texto -arriba citado- aparecido en Excélsior y relacionado principalmente con la energía atómica apareció al día siguiente del lanzamiento de la bomba sobre Hiroshima. Fue la entrevista hecha por el reportero Hesiquio Aguilar Marañon[2] a Raúl O'Leary, el empresario regiomontano quien en julio de 1945 había pasado tres semanas en Arizona y en Nuevo México, testigo de los experimentos nucleares en Nuevo México. Aguilar Marañón supo que los físicos norteamericanos manejaban la fuerza de los electrones obtenidos de un metal muy poco conocido hasta entonces, el uranio (Aguilar, 1945).

[2] Hesiquio Aguilar Marañón (1919-2024), veracruzano, abogado especializado en Derecho laboral y periodista. Perteneció al PRI, cercano al presidente Adolfo Ruiz Cortines. Fue diputado federal en tres ocasiones y director de Prensa y Propaganda y secretario de Acción Política del PRI. Reportero, redactor político y columnista del periódico Excelsior. Director de Cine Mundial, colaborador de Algo de Córdoba, de El Dictamen de Veracruz y editorialista del Herald o de México.

Otro reportero mexicano de Excélsior, Jorge Piñó Sandoval[3], escribió sobre el potencial destructivo de la bomba atómica, al considerar que, como ejemplo, tan sólo una de ellas hubiera sido capaz de destruir a la ciudad de México y reducirla a cenizas (Piño, 1945). Ese tono de terror contrastaba con el de la admiración del ing. Francisco Breña Álvarez -entrevistado por Jorge Piñó Sandoval- al lograrse la conversión de la materia en energía ya que -declaró- "un kilo de materia desintegrada representa la energía que puede obtenerse quemando 2 millones 100 mil toneladas de petróleo, sin desperdicio de uno solo gramo" (Piño, 1945). Sin embargo, su fascinación por la conversión de la materia en energía no fue obstáculo para que Breña Álvarez pusiera el dedo en la llaga: el control sobre la producción de energía atómica ya que de lo contrario "…hay la verdad de que hasta la fecha no se conoce el medio de controlar esta potencialidad destructora para emplearla constructivamente."

La tensión internacional continuaba. A pesar de la devastación provocada en Hiroshima, los japoneses se resistían aún a presentar su rendición total. Los militares se inclinaban por continuar con la guerra y los políticos lo hacían por la capitulación. La NBC neoyorquina captó las transmisiones de Tokio en las que se informaba sobre reuniones urgentes del gabinete japonés. La postura militar japonesa quedó clara cuando el almirante Kichisaburo Nomura, embajador de Japón en Estados Unidos al momento del ataque a Pearl Harbor, declaró que

[3] Jorge Piñó Sandoval (1902-1976) nació en San Luis Potosí. Muy joven ingresó a El Machete, periódico del Partido Comunista Mexicano y en 1930 fue encarcelado por su militancia comunista. En 1938 fundó el Noticiero Cinematográfico Clasa-Excélsior así como el noticiario Diario Relámpago del Aire en la XEW con Álvaro Gálvez y Fuentes. En 1942 fue enviado como corresponsal a Europa para cubrir la Segunda Guerra Mundial pero tuvo problemas en su escala en Nueva York y regresó a México. En ese año fundó las primeras dos ediciones de Últimas Noticias de Excélsior, en las que denunciaba los abusos de los políticos. En 1946 creó el periódico Don Timorato con la colaboración de grandes caricaturistas como Ernesto "El Chango" García Cabral y Antonio Arias Bernal "Brigadier", en el que publicaron fuertes críticas al presidente Miguel Alemán Valdez. En 1948 fundó y dirigió el semanario Presente en donde colaboraban, entre otros, José Pagés Llergo, René Capistrán y Abel Quezada. Durante 39 números se criticó al presidente Miguel Alemán, lo que ocasionó que las instalaciones del rotativo fueran destruidas. Sufrió un atentado y suspendió la circulación de la revista Presente.

"…el pueblo de nuestra patria no debe dejarse engañar por la dorada píldora de las dulces palabras enemigas; debe combatir…valiéndose de todo su poderío." En otra radiodifusión, se declaró que la gran base naval de Singapur, Malaca, había terminado sus preparativos de defensa y se agregó que "los más de los vecinos japoneses han tomado las armas" (Associated Press, 1945) En una radiodifusora de Osaka se declaraba que "…el uso de la bomba atómica señala al enemigo, para las edades por venir, como el destructor de la justicia y de la especie humana."(Associated Press, 1945)

La segunda bomba atómica cayó sobre Nagasaki al medio día del 9 de agosto de 1945. La agencia noticiosa AP informaba que los pormenores del ataque serían dados a conocer con posterioridad. Había una gran confusión pues no se sabía si habían caído una o varias bombas. Se sabía que la bomba arrojada sobre Hiroshima había destruido el 70% de la ciudad y que la radio de Tokio había informado que "prácticamente todos los seres vivientes de la ciudad" fueron exterminados. Se creía que Nagasaki, debido a la aglomeración de casas, había sido aún más afectada que Hiroshima. Era considerada como una importante ciudad industrial así como un puerto importante para el re-embarque de abastecimientos militares, transporte de soldados y sede de la construcción de barcos y reparaciones de naves de guerra y mercantes (Associated Press, 1945). Tal y como sucedió con Hiroshima y a pesar de las evidencias, era aún poca la información de las autoridades japonesas sobre el lanzamiento de la bomba atómica sobre Nagasaki. Sin embargo, Tokio informaba que incontables millares de los 343,000 habitantes de la ciudad habían perecido. Era una gran pérdida pues Nagasaki era el puerto sobre la ruta de abastecimiento que corría de Corea a Manchuria, la cual había sido recientemente invadida por los soviéticos. Las fotografías mostraban que el sector industrial de Nagasaki había quedado reducido a ruinas. Todavía el 10 de agosto, la BBC de Londres difundió información captada de la radio japonesa de Singapur, en la que Japón informaba

que el país tenía un arma “parecida a la bomba atómica y que la emplearía en gran escala contra el personal militar norteamericano:”(Associated Press, 1945) A pesar de que Japón estaba prácticamente derrotado, aún existían resistencias entre algunos militares para aceptar la rendición total. La radio suiza captó, por ejemplo, las radiodifusiones de Tokio, escuchadas en China, por las cuales se supo que un grupo oposicionista, encabezado por el ministro japonés de Guerra, se oponía a la rendición total. Pero las condiciones impuestas por el ultimátum firmado en Potsdam exigían a Japón que aceptara la derrota total y la pérdida de los territorios que había conquistado por la fuerza: Manchuria, Corea, Formosa y varias islas en el Pacífico.

Aviones norteamericanos B-29 no dejaban de arrojar millones de folletos para solicitar a todos los japoneses abandonar las ciudades industriales y, sobre todo, infundirles el miedo por los riesgos que supondría continuar con la guerra ya “que la terrible verdad de la bomba atómica es algo que se debe meditar con cuidado y asegurarles a ustedes solemnemente que esa arma es muy precisa.”(Excelsior, 1945). En cuanto a Hiroshima, la prensa proporcionaba paulatinamente más datos sobre el alcance de los daños y, al decir de la radio en Tokio “El poderío destructor de estas bombas es indescriptible” ya que “…prácticamente todos los seres vivos, humanos y animales, quedaron literalmente consumidos por el fuego.”(Associated Press, 1945)

Por su parte, el presidente Harry S. Truman reconocía la participación de la Unión Soviética como “valiente y victoriosa aliada” contra el último bastión del Eje, pero sin proporcionarle información alguna sobre la bomba atómica. Su plan era que los Estados Unidos conservaran “…las bases militares necesarias para la completa protección de sus intereses y de la paz mundial.” Anunciaba igualmente que la flota norteamericana deseaba “una navegación libre e irrestricta” por las aguas territoriales de Europa, como medio de impedir que estalle la guerra

nuevamente en aquel continente"(Cornell, 1945). Pero el punto central era la exigencia del gobierno estadounidense de la firma de la rendición total de Japón, pues de lo contrario "…la destrucción de las industrias japonesas de guerra con la bomba atómica constituye una certidumbre absoluta a menos que Japón se rinda (Cornell, 1945).

El lanzamiento de la bomba atómica sobre Nagasaki fue el preludio del fin de la guerra. Los círculos militares norteamericanos pronosticaban que Japón se rendiría incondicionalmente en tres o cuatro semanas más. Japón estaba prácticamente derrotado con la incorporación del ejército de la Unión Soviética y así cercado por tierra, mar y aire. Los militares estadounidenses estaban persuadidos de que las dos bombas atómicas lanzadas sobre Japón "…han hecho caer de rodillas al altivo Imperio japonés."(INS, 1945) El hecho de que los militares japoneses hubieran decidido informar paulatinamente a la población sobre los estragos causados por las dos bombas lanzadas en su territorio, hacía pensar que estaban ya preparados para anunciar la rendición ante los Aliados. Japón estaba en un callejón sin salida. La captura de las imágenes que dieron la vuelta al mundo fueron tomadas por Kodak, empresa que "se siente legítimamente orgullosa de haber coadyuvado eficazmente a la consecución de la paz. Kodak, efectivamente, fue la empresa que captó las ruinas humeantes de Hiroshima y Nagasaki…..y después de analizar cuidadosamente esas fotografías, los expertos de los ejércitos aliados no tuvieron duda de que el fin se aproximaba."(Excélsior, 1945).

En un ambiente de nervios crispados a nivel internacional, cuando la información sobre la devastación en Japón fluía aún a cuenta gotas, no pocos articulistas mexicanos privilegiaron el análisis de las relaciones internacionales para exponer su opinión sobre la situación mundial prevaleciente. Uno de ellos fue el conocido abogado, académico e identificado con posturas conservadoras, Jesús Guisa y

Acevedo. Guisa no ocultaba su rechazo a todo lo que pareciera de izquierda, a nivel nacional o internacional. El final de la Segunda Guerra le dio a Guisa la oportunidad de reiterar su postura política y, naturalmente, dirigió sus dardos contra el Mariscal del mundo, José Stalin. Para Guisa, la Segunda Guerra se había originado por el afán expansionista de Hitler el cual fue aún superado por el de Stalin una vez que el Japón estaba a punto de rendirse. "Potsdam -juzgaba- equivale a Mónaco. "Sólo que cuando las juntas de Mónaco, las potencias occidentales no tenían preparación, ahora la tienen y prueba de ello, aparte de los ejércitos y de la marina y la aviación, es la bomba atómica. Stalin es el sucesor de Hitler en todo, en doctrina, en totalitarismo, en prácticas, en pretensiones de dominio universal. Y supera a Hitler. Hitler sólo habría conseguido el dominio de Polonia por medio de las armas. Stalin lo consiguió por medio de conversaciones." Para Guisa y Acevedo, Hitler, Stalin y Mussolini eran lo mismo, principalmente en cuanto a sus intereses totalitarios y expansionistas. "Y ahora -concluía- cuando el Japón está cercado y deshecho, cuando sufre la destrucción de la bomba atómica y está a punto de desaparecer, si no se rinde, o de rendirse incondicionalmente, es cuando el Mariscal de toda la Humanidad le declara la guerra. ¿No es esto peor que el vil acto de Mussolini? Lo dicho: Stalin hereda, plagia, copia y perfecciona a Hitler y a Mussolini."(Guisa y Acevedo, 194)

Días después del lanzamiento de las bombas, el reconocido astrónomo Luis Enrique Erro, director del Observatorio Astronómico de Tonantzintla, Puebla, fue entrevistado para conocer su opinión sobre los hechos. A pesar de la poca información con la que entonces se contaba, su conclusión era clara: había que controlar la producción de energía atómica a nivel global. "Desde luego -afirmaba- estimo que la única política por seguir de los pueblos débiles, es la de liquidar sus ejércitos. Francamente, después de los resultados obtenidos con la bomba, que son tan fantásticamente increíbles, ya no tiene sentido el armamento conocido. La

táctica de la estrategia guerrera debe suplirse por la de la diplomacia y el Derecho Internacional" (El Universal, 1945).

En México, en general, poco se sabía sobre la energía atómica. Sólo una élite de científicos mexicanos conocía de la trayectoria y naturaleza de las investigaciones sobre el tema. Se sabía de los primeros estudios atómicos en Inglaterra, Canadá, Francia, Italia y la URSS. Los norteamericanos fueron los primeros que aplicaron la fuerza e impacto de la energía atómica para convertirla en bomba y lanzarla en un campo de experimentación en Nuevo México. Después de las experiencias de Hiroshima y Nagasaki, en México hubo una gran difusión periodística para explicar el tema atómico. Un artículo, por ejemplo, que exponía de manera suscinta y clara fue el del ingeniero químico Salomón Murow L., quien publicó un largo texto descriptivo sobre la estructura del átomo, la obtención de la energía atómica, sobre el alto peso atómico del radio, polonio y uranio, sus elementos radioactivos y su impresionante fuerza cuando se logra desintegrar su núcleo. Lo interesante del artículo radica en la reconstrucción de las transformaciones nucleares y de cómo en Alemania se había logrado dividir los átomos de uranio. "En resumen -escribía Murow- al principiar la guerra se sabía que había una fuente fabulosa de energía, pero su liberación en los procesos artificiales o espontáneos era tan lenta que se necesitaban aparatos muy sensibles para apreciarla…. Otro problema es el control del proceso, ya que si la multiplicación de neutrones principia, toma la forma de una tremenda explosión poniéndose en libertad en una fracción de segundo la energía contenida en los átomos de uranio con los efectos ya conocidos por el uso de la bomba atómica." Murow quedó cautivado por la aplicación de conocimientos acumulados desde años atrás sobre la energía atómica y supuso consecuencias positivas derivadas de ésta: "Las perspectivas son una enorme revolución en las bases de la técnica moderna, ya que el hombre podrá disponer de una fuente inagotable de energía."(Murow, 1945)

Otras voces privilegiaban el análisis político -mezclado con cierta visión cristiana de la vida- sobre el bombardeo atómico a Japón. Fue el caso de Salomón de la Selva, escritor nicaragüense asentado en México, quien consideraba que "hay que dar gracias a Dios que el diabólico invento correspondió a los yanquis, el pueblo menos bárbaro de la tierra, el más piadoso, el menos capaz de abusar de esa fuerza apenas concebible." Consideraba que de haber estado en manos de Japón, Alemania o, peor aún, en manos de la URSS "…Stalin no titubearía en destruir a quien no se someta al dogma comunista conforme la interpretación veleidosa del momento. Una purga mundial." En su opinión, los científicos debían controlar el desarrollo y manejo de la energía atómica y jamás los políticos: "...este descubrimiento que pone fuerzas siderales en las manos del hombre, necesariamente tiene que acarrear una transformación inconmensurable. Para infinito bien, si se impone el orden moral cristiano; para infinito mal si los necios heredan la obra de los sabios. Quiera Dios que se equivoquen quienes juzgan a los hombres indignos de poder ejercer tanta potencia."(El Universal, 1945).

También en la línea del análisis político internacionalista, el escritor José Pérez Moreno delineaba con claridad los albores de la Guerra Fría, el de la bipolaridad occidental frente al bloque soviético. Para él, la bipolaridad significaba la rivalidad entre aquellos países que poseían el secreto de la fabricación de la bomba atómica y aquellos que no la tenían. De ahí que el control del conocimiento científico sobre la fabricación de la bomba atómica fuera el factor determinante para el equilibrio de la paz mundial. El interés de la URSS al respecto era claro pues "entre las ventajas que Stalin habrá de querer a cambio de su actitud contra el Japón, estará la de participar en la posesión del gran secreto. Ya Inglaterra y Estados Unidos se han asociado en la fabricación de esa arma. Y tal vez tendrán, si es que no quieren desencadenar otra guerra, que compartir de nuevo con su aliado."(Moreno, 1945, p. 3) De no lograrse lo anterior, concluía, el futuro sería desolador ya que en el fondo se trataba del enfrentamiento de los dos

imperialismos de la época, el angloamericano y el soviético. “La matanza, remataba Pérez Moreno, continúa siendo el desiderátum.”

El conocido académico y filósofo Antonio Caso también se sumó al debate sobre la naturaleza ambivalente -por destructiva y a la vez ejemplo del dominio humano sobre la ciencia- de la bomba atómica. Si bien reconoció su capacidad destructiva y el aparente logro del fin de la guerra, consideraba que sus efectos a mediano plazo “…serán tan terribles como los que surgieron de todo progreso en las máquinas empleadas por la guerra. La cultura, en suma, ha inventado el modo de deshacer la cultura. Entonces se ve con claridad que el puro progreso intelectual y técnico nada vale, porque no es absolutamente bueno.”(Caso, 1945)

El tema -como lo calificó El Universal- de la apasionante cuestión de la bomba atómica, llegó a analizarse en el Colegio Nacional, institución que reunía a buena parte de la élite intelectual mexicana en sus conferencias periódicas. Ahí, los científicos revisaban la historia e impacto de los estudios sobre la energía atómica desde las primeras investigaciones en Cambridge, encabezadas por el físico neozelandés Lord Rutherford, pionero de los estudios sobre física atómica y nuclear, hasta los bombardeos sobre Japón. En las conferencias participaron, entre otros, el dr. Manuel Sandoval Vallarta y el reconocido ingeniero físico Carlos Graeff, quienes concluyeron que la experiencia científica acumulada desde finales del siglo XIX hasta los años cuarenta del siglo XX había ofrecido un inmenso avance en la física nuclear pero de consecuencias desastrosas en cuanto a su capacidad destructiva sobre la vida humana (El Universal, 1945).

Mientras tanto, las embajadas de la U.R.S.S., la Gran Bretaña, Estados Unidos, China y Francia en México declararon que aún no contaban con la información precisa sobre la rendición incondicional de Japón pero todas coincidían en que la paz estaba muy cerca. El embajador norteamericano, George S. Messersmith

sólo afirmó “que la paz solicitada mediante rendición, por el gobierno japonés, se funda en un sentimiento derrotista, acelerado por el empleo de las bombas atómicas.” (Excélsior, 1945).

En la misma nota periodística que recogía las opiniones del embajador norteamericano y europeos, aparecieron igualmente las de diversos sectores de la sociedad mexicana, reveladoras del ambiente tenso y de incertidumbre reinante en ésos días. Por los militares habló el general Leobardo C. Ruiz, Oficial Mayor de la Secretaría de la Defensa, para quien Japón era sin duda alguna “el enemigo de las libertades humanas”, lo cual le hacía merecedor de su derrota por haber cometido su “traicionero ataque a Pearl Harbor con las tres agravantes de premeditación, alevosía y ventaja.” Por su parte, el senador priísta Noé Lecona, miembro de la Comisión de Relaciones Exteriores, declaró que la derrota del Japón “consagra el triunfo de la fuerza moral de la democracia y se liquida un conflicto armado que ensangrentaba a la humanidad.” El también senador y general Gabriel Leyva Velázquez, igualmente miembro del partido oficialista, resumía que “Estados Unidos, Inglaterra y Rusia son indiscutiblemente los países que han obtenido el más grande éxito militar y diplomático con esta liquidación del totalitarismo en el Oriente”. En los corrillos de la Cámara de Diputados se celebró con júbilo la casi rendición total del Japón lograda gracias al uso de la bomba atómica. El diputado Efraín Brito Rosado, por ejemplo, juzgó que el pueblo japonés sólo había utilizado la técnica de los pueblos occidentales para fabricar elementos de destrucción en la guerra, pero la cultura la habían despreciado. En su opinión, “urgía democratizarlos y por lo que toca a Hirohito, varios diputados estimamos que debe considerársele como un criminal de guerra”, y en la opinión del senador presidente del Senado, Emilio Prado, “al terminar la guerra con el Japón no solamente muchos hogares mexicanos sino miles en todo el mundo se libran de la opresión y de la incertidumbre, de la muerte y el dolor.” Sin dudarlo, entre los diputados y senadores oficialistas -pertenecientes al PRM, antecedente

del PRI- privaba la homogeneidad de opinión y el júbilo porque “este dramático fin revela la unidad entre los aliados y una justa armonía para bien de la Humanidad, especialmente en la difícil época de la postguerra”.

Como era de esperarse, el partido oficialista, el PRM -antecesor del PRI- se sumaba a las filas de júbilo por la rendición de Japón, si bien rechazaba la petición nipona con respecto a su emperador ya que era “inexplicable la solicitud japonesa de que se permita al Emperador Hirohito mantener sus prerrogativas de gobernante soberano, ya que esa concesión viola la primera estipulación del ultimátum de Potsdam que previene ‘la eliminación para siempre de la autoridad e influencia de quienes llevaron al Japón a la lucha de conquista.” La gran central obrera oficialista, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), con Fidel Velázquez a la cabeza, tampoco aceptaba la posibilidad de que Hirohito permaneciera al frente del gobierno en Japón, cuya rendición “acabará la guerra iniciada por Hitler, con la invasión de Polonia, en el año de 1939, y se abre para el mundo una era que seguramente será de justicia y paz para los pueblos de la tierra, así como de progreso y bienestar para los hombres y mujeres del mundo.” Por su parte, el representante de los trabajadores petroleros -cercanos al gobierno- Isidoro Gutiérrez, aprovechó la oportunidad para presentar su apoyo al gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho y a los Aliados. Fue breve pero directo: “La terminación de la guerra viene a traducirse en una situación bienhechora para toda la humanidad. El Sindicato de Trabajadores Petroleros felicita a los Tres Grandes, a las Naciones Unidas y al presidente Ávila Camacho, que supo conducir a nuestro país, serena y atinadamente en el grave conflicto internacional”. Por su parte, el dirigente de los trabajadores mineros se alineó al discurso oficialista al identificar el final de la guerra con el crecimiento económico de México: “La terminación de la guerra acentúa la necesidad de que México luche con mayor interés por su industrialización, la mecanización de su agricultura y por salir de la pobreza en que vive”.

En la misma nota que recogía las opiniones ya expuestas, se dio espacio incluso a las declaraciones de algunos grupos de oposición y activistas obreros de izquierda. Asi por ejemplo, se dio a conocer la opinión de Valentín Campa, secretario de educación y propaganda del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros, uno de los sindicatos más activos y en lucha por su liberación de la gran central obrera oficialista, la CTM. Aprovechando la participación soviética en la derrota de Japón, Campa declaró que "La participación de la URSS, es uno de los factores que apresuraron a la terminación de la guerra. La rendición de la camarilla militarista japonesa será la base para una paz entre los pueblos del mundo. Quedan en pie las pequeñas camarillas fascistas de España, Portugal y Argentina, y es de esperarse que serán liquidadas. Ahora termina todo pretexto para sostener el encarecimiento de la vida y habrá que esperar que bajen los precios". Por su parte, el responsable legal del mismo sindicato de ferrocarrileros, Salvador Rodríguez L., declaró que "Después de la Conferencia de Potsdam, no constituye una sorpresa la rendición del Japón, con el uso de armas tan modernas como las puestas en juego por los Estados Unidos. Nuestra esperanza está en que se cumplan los postulados de la Carta del Atlántico y que los sacrificios hechos por los pueblos que luchan en favor de la democracia, sirvan para que la humanidad sea feliz, libre de agresiones y procurando que mejoren las condiciones económicas y sociales de esos mismos pueblos". Otra voz de los trabajadores fue la de Enrique Rangel, secretario general de la Confederación Proletaria Nacional, quien lanzó su crítica contra los gobiernos totalitarios: "La derrota del totalitarismo japonés era fatalmente lógica, después de la caída del nazifascismo en Italia y Alemania. No podía subsistir un régimen apoyado solamente en la fuerza de las bayonetas, ni podía triunfar una causa que tuvo su principio en el vergonzoso ataque de Pearl Harbor. No por esperada es menos jubilosa la derrota del imperialismo japonés. Todos ansiamos la era de paz que ahora principia, por la fundamental razón de que el ser humano no es,

naturalmente, elemento de destrucción, sino al contrario, eminentemente constructivo."

En cuanto a la burocracia, esta también se manifestó sobre la rendición de Japón a través de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado: "El derrumbamiento militar del fascismo nipón marca el fin de la segunda contienda mundial y afirma la esperanza de todos los pueblos de la tierra en el cumplimiento de los postulados democráticos expresados en la Carta del Atlántico. La bandera de la democracia gallardamente ondea de nuevo en la tierra gracias a los esfuerzos realizados por los ejércitos y pueblos de las Naciones Unidas. Felicitamos calurosamente a Mr. Truman, Attlee, Stalin y Manuel Ávila Camacho, jefes de las Naciones Unidas que con mano firme condujeron a sus pueblos al triunfo y esperamos que esta victoria militar sea el inicio de un mundo nuevo en donde impere la paz, el trabajo y la justicia social"(El Universal, 1945).

Después del 11 de agosto, fecha en que se anunció la rendición formal de Japón, la prensa mexicana continuó publicando textos que analizaban la noticia mundial del momento. Se publicaron artículos diversos que iban desde la explicación de los elementos básicos de la energía atómica, pasando por la conveniencia de conservar intocable la figura del emperador japonés, sobre la historia del pueblo japonés hasta las consecuencias de un nuevo bombardeo sobre cualquier otro país. El punto era ahora la discusión sobre el depositario del conocimiento, manejo, resguardo y aplicación de la energía atómica. En el fondo se trataba de una discusión que ocultaba un problema más profundo y complejo: el enfrentamiento ideológico y militar entre el bloque de los Aliados y el encabezado por la Unión Soviética. El hecho, por ejemplo, de que la URSS hubiera intervenido y colaborado en la derrota sobre Japón generó la creencia de que aquella era la verdadera ganadora en la guerra y la posicionaba en las condiciones políticas idóneas para reclamar Manchuria, Corea y algunas regiones chinas. Miguel

Alessio Robles, antiguo maderista, abogado y escritor, formaba parte de la opinión generalizada sobre la importancia de plegarse sin duda del lado de los Aliados, particularmente del bloque angloamericano: “Los países angloamericanos son hoy los más fuertes del mundo, y más ahora que poseen el secreto maravilloso de la bomba atómica. Por eso ellos deberán de obrar de acuerdo con el derecho y los principios por los cuales combatieron las potencias aliadas en contra de la perversidad y de la infamia.”(El Universal, 1945).

Una opinión que llama la atención fue la de Blas Urrea, pseudónimo del antiguo revolucionario Luis Cabrera, quien publicó un artículo en Novedades en el que consideraba que los países se dividían en inferiores y superiores. Muy a la manera decimonónica, Cabrera consideraba además que la historia humana consistía en el enfrentamiento entre la civilización y la barbarie. “Quedamos, pues -juzgaba- en que por ahora sólo tres naciones poseen el secreto de la bomba, y como esas tres son conocidamente humanitarias, como lo han demostrado en sus relaciones con los hindúes, con los árabes, con los negros, con los pieles rojas y con los chinos, todo ello es suficiente garantía de que no se abusará de la bomba contra las razas inferiores o desvalidas.” México no podía ser considerado como país inferior ya que, según Cabrera, el país había colaborado con los Aliados. Es decir, su caracterización de países superiores o inferiores se refería al grupo con el que los países se hubieran alineado durante la guerra. Con respecto al papel de la URSS en el ajedrez político internacional, Cabrera acudía a la ironía debido a su personal anticardenismo: “Y en cuanto a Rusia, –cuando ya conozca el secreto de la bomba– jamás querrá destruir a un pueblo como el nuestro, que le ha dado tantas pruebas de amistad y de comunidad de ideas comunistas.” Cabrera -testigo y actor central en la Revolución de 1910- no cuestionó el uso de la bomba atómica contra “el enemigo” Japón. A pesar de calificarla de “arma tan terrible”, Cabrera consideraba que la paz internacional justificaba su uso de parte de quienes defendieron la paz planetaria: “De hoy en adelante la sola amenaza de

la bomba atómica será suficiente para resolver todos los conflictos internacionales. Y cuando su uso se generalice en todo el mundo, ya puede imaginarse que los pueblos andarán de puntillas para no provocar una explosión atómica. ¿Qué Beluchistán tiene dificultades con Persia? ¡Bomba! ¿Qué Perú tiene recelos contra Ecuador? ¡Bomba! Y de este modo todo el orbe terrestre estará en paz."(Urrea, 1945).

Como sucedió con varios políticos mexicanos, la opinión de Gilberto Valenzuela -quien había sido secretario de Estado y candidato a la presidencia de la República- evadía el tema nodal de los estragos provocados por la bomba atómica y en cambio abordó el tema desde la necesidad de la paz mundial. "La terminación de la guerra es una bendición para la humanidad. Para que el mundo pueda disfrutar de una era de tranquilidad y de concordia se precisa que la paz se establezca con un espíritu de justicia, de equidad y de buena fe, dejando a los pueblos vencidos un aliciente y un estímulo para la vida."(Novedades, 1945) Al igual que Valenzuela, el ex secretario de Relaciones Exteriores, Ezequiel Padilla, se refirió al final de la guerra -sin mencionar la tragedia humanitaria provocada por el bombardeo- como "uno de los acontecimientos más felices en la historia de la humanidad; todas las probabilidades están en el sentido de que varias generaciones sucesivas estarán garantizadas contra una nueva conflagración" (Novedades, 1945).

El tema específico del bombardeo sobre Japón tampoco fue abordado por las figuras representativas de la izquierda mexicana de la época. Así, por ejemplo, el viejo dirigente obrero, Vicente Lombardo Toledano abordó el punto desde el cómodo lugar de la defensa de la paz mundial: "Este es un gran día para la humanidad. Ha cesado la guerra. Ha cesado la lucha armada. Pero ahora es preciso no sólo reconstruir los daños materiales causados por la contienda sino también mejorar el mundo que existía antes del conflicto"(Novedades, 1945). Su

contraparte, el PAN, consideró que “En Acción Nacional la terminación de las hostilidades contra los japoneses produjo una impresión de agrado, por lo que tiene de conclusión de la devastación y de la matanza de hombres. Al mismo tiempo, se dijo ahí que ha pasado la época de las proclamas y estamos en la era de las realizaciones.”(Novedades, 1945)

A diferencia de las declaraciones anteriores, el impacto del costo humano durante la Segunda Guerra Mundial fue abordado por Francisco Zamora. Apoyándose en las estimaciones elaboradas por la United Press, el periodista escribió que se calculaba en 55 millones el número de bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos. No se contaban los huérfanos o desplazados por la guerra. Para Zamora el problema central de la guerra había sido el “descenso de la moralidad, la atrofia de la sensibilidad, la reducción de la ternura y el humanitarismo”. Igualmente le preocupaban los desequilibrios sociales y económicos en el mundo: “En tanto que son bien claros el recrudecimiento de la campaña de difamación y descrédito contra las aspiraciones revolucionarias y la voluntad de frustrar cualquier intento de transformación profunda de los sistemas sociales y políticos de la preguerra, nadie se atreve a garantizar que la cesación de las hostilidades traerá consigo una reducción de las desigualdades económicas, el empleo pleno, la seguridad para todos, la desaparición de la miseria y el bienestar general, dentro de los ámbitos nacionales; y la paz permanente, el imperio de la equidad y el respeto efectivo a los derechos de los débiles en la comunidad internacional. ¿Para qué entonces ha servido la guerra? (Zamora, 1945)”

Al momento de la rendición del Japón, México se enfilaba hacia la sucesión presidencial. Todavía el mundo observaba las últimas batallas en el Pacífico contra Japón, cuando en el mes de Julio de 1945, la Confederación de trabajadores de México, la CTM, encabezada por Fidel Velázquez así como Vicente Lombardo Toledano, antiguo dirigente obrero, anunciaron su apoyo a la

candidatura del abogado veracruzano Miguel Alemán Valdés para la presidencia de la República. Con dichos apoyos, Alemán llegaba a su campaña con un cierto aroma de "candidato rojo", es decir, con el apoyo de la "izquierda".

En ese contexto internacional de enfrentamiento entre el proyecto de la economía de mercado frente al de la economía centralizada en el Estado, la figura de Miguel Alemán inspiró cierta desconfianza entre el empresariado mexicano y el gobierno norteamericano. El desmentido de esta imagen de candidato presidencial radical fue expuesto, por ejemplo, en el texto de Luis Inurreta, quien consideraba que Miguel Alemán, al igual que el nuevo gobierno laborista inglés, tendería puentes de comunicación con la clase trabajadora, pero no como ejemplo de una postura socialista o comunista, sino como una forma de contar con el apoyo de los trabajadores para continuar y fortalecer la política de desarrollo industrializador en México. El artículo de Inurreta aseguraba que "el socialismo mexicano de Miguel Alemán y su afinidad ideológica con los más vigorosos exponentes del movimiento laborista nacional no lleva otra finalidad que la de solidificar con un lazo de cohesión patriótica todos los factores del pueblo laborante de la República, para mantener en ella la armonía y la unificación general frente a los serios problemas que pueda presentar la postguerra." De igual manera, el académico progresista Francisco Zamora consideraba que el triunfo del partido laborista de Clement Attlee sobre el conservador de Winston Churchill "…servirá, cuando menos, como antecedente de futuros esfuerzos encaminados a organizar las sociedades económicas sobre un plan distinto de ese que, a pesar de las excelencias que le atribuyen sus apologistas teóricos, resulta cada vez más inadecuado para garantizar la seguridad y la felicidad de los pueblos."(Zamora, 1945). Sin embargo, Inurreta y Zamora estaban lejos de imaginar que Miguel Alemán, a partir de 1948, inauguraría el llamado charrismo sindical. Este sistema no era otro que el de someter a los dirigentes sindicales a cambio de privilegios políticos y económicos. De no aceptarlo, aquellos dirigentes sindicales que

persistieran en la búsqueda de la libertad sindical serían reprimidos o encarcelados (Inurreta, 1945).

Por su parte, el abogado Eduardo Pallares consideraba que el conflicto en la post-guerra era cada vez más claro entre los Aliados y la URSS. En su artículo periodístico señalaba que una vez rendido el Japón y "…a última fechas, el marxismo que niega a Dios pone en su lugar al hombre y por ello lo deifica. En vez de rendir culto al creador de todo cuanto existe, la humanidad comunista se adora a sí misma, y crédula y confiada con respecto a la voz de la serpiente (de la Biblia), está segura de que pronto será una realidad el "Eritis sicut dii" (Sereis como Dios) sin darse cuenta del abismo que se está abriendo a sus pies."(Pallares, 1945)

Después del lanzamiento de las dos bombas atómicas sobre el Japón, la diversidad de periodistas, analistas militares o exfuncionarios gubernamentales norteamericanos se concentraron en recordar que Japón ya no tenía forma alguna de eludir el ultimátum de rendición. Las catástrofes humanas y materiales derivadas de las dos bombas eran las razones fundamentales para que el imperio japonés presentara su rendición incondicional. La opinión general era que el obstáculo lo constituía el desacuerdo entre la poderosa camarilla militar -que no se decidía a aceptar la rendición- y el partido de los liberales que clamaba por el fin de la guerra con los Aliados. De continuar con la guerra, los Aliados estaban dispuestos a arrasar con lo que quedaba de las industrias necesarias para continuar con la vida económica de Japón. El enfrentamiento entre el radicalismo de los militares y los industriales, apoyados por una amplia opinión pública, hacían pensar que incluso se podría presentar una revolución interna para exigir la paz (Lawrence, 1945).

El 11 de agosto se informó que el 30% de Nagasaki había sido destruido. La forma irregular de las zonas habitadas de la ciudad, extendidas por barrancas de escasa profundidad, evitó los daños que sí se provocaron en Hiroshima, la cual fue arrasada en el 60%. Ahora se trataba de una guerra de información: por un lado, las radiodifusoras japonesas insistían en que los daños causados sobre Nagasaki "habían sido leves" y por otro, los militares norteamericanos aseguraban que, de acuerdo a los registros fotográficos, el 98% de un radio de dos kilómetros cuadrados de la zona habitada de Nagasaki había sido destruido. En la zona afectada por la bomba se encontraba la gran fundición de hierro y acero Mitsubishi y la planta de armamentos Mitsubishi Urakami, así como otras industrias pesadas, pilares en la construcción de la industria bélica japonesa (Associated Press, 1945).

El mismo 11 de agosto, Excélsior (1942) abordó en su editorial el tema de la derrota de Japón. Sin cortapisas, el diario se identificaba con "la causa de los hombres libres" y, por lo mismo, aplaudía la derrota del Imperio Japonés, controlado fundamentalmente por los militaristas japoneses. El editorial ponía énfasis en el expansionismo japonés desde los años treinta del siglo XX, particularmente sobre el territorio chino. Reconocía la fortaleza de la industria bélica japonesa, convertida en apenas unos años en una verdadera máquina de guerra. Colocaba a la guerra en medio de un enfrentamiento entre la idea cristiana, "nervio de la civilización de Occidente, sobre la pagana." Consideraba al japonés como un ser "que sigue viviendo de un medievo asiático con todo su salvajismo y su concepto anti-cristiano de la vida. Este hombre no podía triunfar y convertirse en el señor del mundo." (Excélsior, 1945) A pesar del costo humano y material causados por el lanzamiento de las dos bombas atómicas, el dilema ético de la muerte de cientos de miles de civiles se justificaba ya que la victoria sobre Japón era la condición necesaria para servir de "cimiento sólido de un mundo pacífico donde los adelantos de la ciencia se pongan al servicio y progreso de la

persona humana y no para destruirla y sojuzgarla.” En este contexto, el editorial de Excélsior dejaba en claro su posicionamiento con el apoyo al llamado del presidente Manuel Ávila Camacho “al sentido de responsabilidad”, al de la unión nacional, al que deben sumarse “funcionarios y líderes, capitanes de industria y trabajadores.” El editorial de Excélsior finalizó al señalar el riesgo mundial de los avances de la ciencia atómica: “No será la fuerza de desintegración atómica la que salve al género humano de la guerra, sino el empleo que las grandes naciones hagan de sus posibilidades para establecer reglas justas de conducta entre los pueblos. El problema es más de ética que de fuerza.”

El artículo de Progreso Vergara se unía también al entusiasmo del momento no sin reconocer la incertidumbre generalizados por las consecuencias del uso de la energía atómica, “conquista enigmática, pues sólo el futuro dirá si significa un factor de progreso que variará totalmente la estructura de la sociedad moderna o un elemento de destrucción.”(Vergara, 1945) Sin mencionar el papel medular que tuvo Marie Curie en las investigaciones sobre el uranio y descubrimiento del radio desde finales del siglo XIX, Vergara resumía el largo proceso por el cual en Europa y Estados Unidos se había descubierto la posibilidad de separar los componentes del núcleo y convertirlo en energía. Reconocía el obvio avance que representaba la energía atómica pero en el fondo señalaba también el peligro por sus repercusiones políticas ya que el monopolio de los conocimientos atómicos en manos de un solo país pondría en riesgo la seguridad y la paz del mundo.

Excélsior (1945) recogió la opinión de la Iglesia católica, importante actor social en México. La arquidiócesis católica de Boston, por ejemplo, manifestó su posición a través de su órgano oficial, The Pilot, al censurar el empleo de la bomba atómica en manos tanto de los Aliados como del Eje, al considerarlo “el arma más terrible de destrucción que haya concebido un demente en sus sueños.” El posicionamiento de la Iglesia Católica contrastaba con el del

presidente Harry S. Truman, quien declaró que los Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá no darían a conocer el secreto de la bomba atómica "a manera de protegernos a nosotros mismos y el resto del mundo, contra el peligro de la destrucción total."

El mundo estaba aún en vilo, pues todavía el 13 de agosto no se había recibido la respuesta japonesa con respecto a su rendición incondicional. Poco más de mil aviones con base en Okinawa arremetieron de nuevo contra las islas japonesas. El ejército soviético avanzaba en Manchuria pero no se repitieron bombardeos atómicos. Por su parte, Japón lanzó un torpedo contra un barco norteamericano y ataques esporádicos a la Tercera Flota estadounidense. Los oficiales norteamericanos esperaban algunos asaltos suicidas y se preparaban para ello. Los diplomáticos asentados en Washington consideraban que la tardanza para recibir la nota oficial japonesa sobre la rendición total se podía deber a las divisiones internas del gabinete japonés, principalmente entre la Marina japonesa que estaba dispuesta a aceptar la rendición y la Armada que prefería sostener la guerra en busca de un ablandamiento de las condiciones impuestas al Imperio japonés.

III. El final de las hostilidades.

En un ambiente aún de incertidumbre mundial, en México no dejaban de aparecer artículos escritos por corresponsales nacionales o artículos de opinión sobre la resistencia japonesa. Naturalmente los periodistas y corresponsales no se apartaban de la Casa Blanca en Washington, a la espera de noticias sobre la ansiada capitulación japonesa. Cada vez era más fuerte la versión de los enfrentamientos entre los militares y políticos japoneses, quienes proponían soluciones opuestas para terminar con la guerra. A pesar de ello, en los pasillos

del Capitolio -según el periodista hispano-argentino Ortiz Echagüe- se halaba de que la permanencia del emperador como autoridad máxima en Japón era la única condición presentada por los japoneses a los Aliados. Estos lo permitirían siempre y cuando el emperador quedara subordinado a la autoridad del comando militar aliado (Ortiz, 1945, p. 3). Los Aliados ciertamente preferían apoyar al emperador Hiroito y con ello de evitar el surgimiento de conflictos sociales internos. En todo caso, además de los riesgos que entrañaba la capacidad destructiva de la bomba atómica, el periodista reconocía que las ventajas del descubrimiento angloamericano de la fuerza nuclear significaba el triunfo de "los más civilizados". Finalmente, el 14 de agosto de 1945 se dio a conocer la rendición del Imperio japonés, la cual fue anunciada por el propio emperador Hiroito.

Rubén Salazar Mallén[4] fue un académico que escribía para Excélsior y quien se lamentaba de que en México no se hubiera manifestado "ni el horror ni la indignación" por los bombardeos sobre Japón. "Los mexicanos -denunciaba- temieron que, de expresar libremente su opinión, podrían sobrevenir males y perjuicios, temieron con temor vago, impreciso, que la sinceridad les causará daño. Y guardaron sus opiniones para las tertulias y los corrillos. Es la vieja cobardía mexicana, que sabe de aspavientos, de melindres, pero no de fuerte, noble y tranquilo valor." Salazar Mallén se refería amargamente a la degradación moral a la que había llegado el ser humano, ofuscado por el aparente progreso tecnológico, reflejado en los bombardeos contra Japón. "Sí, ese es el peligro que representa el triunfo de la crueldad. Este viaje psíquico, este trayecto inasible de Lídice a Hiroshima es una derrota del hombre, una derrota del hombre que amenaza a la alta vida del Universo para mucho tiempo, o quizá para siempre.

[4] Rubén Salazar Mallén (1905-1985) fue profesor universitario, periodista y escritor. Ejerció un periodismo mordaz que le otorgó cierto renombre. Militó en las filas vasconcelistas y en 1930 ingresó al Partido Comunista y posteriormente se identificó con el fascismo. Escribió la novela anticomunista Cariátide, lo cual le generó problemas aún judiciales. A partir de 1944 rompió con el fascismo y se identificó con el anarquismo.

Porque se puede vivir entre máquinas complicadas, aparatos inverosímiles y organizaciones sociales complejas, y ser bestia, sin embargo."(Mallen, 1945).

El impacto de las consecuencias de los bombardeos sobre Japón hizo que el gran dramaturgo y activista político irlandés George Bernard Shaw se refiriera la bomba atómica. Para Shaw la guerra era un absurdo hasta antes de 1945, ya que los países vencedores no desaparecían ciudades enteras sino que las convertían en negocios. Con el descubrimiento de la energía atómica, afirmaba, la guerra moderna podría llevar al mundo a la bancarrota, a menos que los explosivos más modernos fueran empleados para abolir la guerra y generar crecimiento económico. Shaw concluía que la única ventaja de la bomba atómica era su fuerza disuasoria para limitar los enfrentamientos entre las naciones fuertes. "La moraleja de la bomba atómica es que resulta demasiado mortífera para emplearla como arma, pero ha tenido su buen éxito momentáneo poniendo fin a la guerra con Japón. Si la domamos o la desperdiciamos como estamos desperdiciando la energía hidráulica…..es algo que queda por ver." (Shaw, 1945).

Ante lo que se consideraba como la derrota total de Japón, no eran pocas las voces que ahora se preguntaban sobre el futuro de ese imperio. ¿Qué hacer con Japón? ¿Auxiliarlo en su reconstrucción? ¿Abandonarlo? Luis Lara Pardo, periodista mexicano con amplia experiencia como corresponsal en Estados Unidos, España y Francia, consideraba que el caso japonés, a diferencia de la derrota de la Alemania nazi, era aún más difícil de tratar de parte de los Aliados[5].

[5] Luis Lara Pardo fue principalmente periodista político, cronista y crítico de arte. Abordó, entre otros temas, la historia, la política nacional e internacional, la reflexión filosófica, las crónicas de viajes y el ensayo biográfico. Sus libros y artículos sobre política nacional van del porfiriato al huertismo, etapas en las que estuvo involucrado con el devenir histórico del país. Durante sus años de exilio se ocupó de la política internacional europea y de las relaciones de México con el exterior; además, aprovechó su estancia en distintos países para escribir la crónica de su vida sociocultural. El Rin (sic), es un estudio de economía política e historia regional en donde, a partir de la vida de las comunidades situadas en las riberas del río, reconstruye la historia de Francia y Alemania, su establecimiento como repúblicas y su participación en la guerra mundial y en la Liga de las Naciones. Sancho Panza, exégeta, libro póstumo, es una crítica a los

Consideraba que Occidente no conocía en realidad al Japón, al cual se daba por hecho incorporado a la cultura occidental olvidando que contaba con un pasado militarista, expansionista pero aún sumido en tradiciones y prácticas antiquísimas. En realidad, según Lara Pardo, se trataba de un país misterioso, cuyos contactos con Occidente databan apenas de mediados del siglo XIX. El mayor peligro, en su opinión, era su ancestral nacionalismo, no muy lejos de un sentimiento de superioridad sobre el resto de las culturas. Así, el periodista consideraba que el pueblo japonés no se doblegaría humildemente ante la derrota sino muy al contrario: digeriría su sentimiento de humillación ante el dolor de la derrota y aguardaría la primera oportunidad para recuperar su prestigio nacional y su tendencia a la búsqueda de aumentar su espacio vital de país conquistador. En suma, los Aliados difícilmente podrían impedir el renacimiento de su "complejo vengador" (Pardo, 1945).

Entre los periodistas norteamericanos se manifestaba igualmente la gran preocupación por la capacidad destructiva de la guerra en general y por la bomba atómica en particular. El muy conocido periodista Drew Pearson, desde Washington, se lamentaba de la carrera bélica como componente de la formación histórica mundial. Sin embargo, consideraba que la Segunda Guerra Mundial había mostrado, con particular dolor, el alto costo de los bombardeos entre la población civil. "El 5 de agosto, -escribía con amargura- el día que se lanzó la primera bomba atómica sobre el Japón, hemos llegado en la guerra al punto que era absolutamente inevitable, el punto en que o dejamos de ir a la guerra o la Humanidad llegará a su propio fin."(Pearson, 1945) Informado de la implantación en Estados Unidos del servicio militar obligatorio en tiempos de paz y de los avances tecnológicos en la industria bélica, Pearson vislumbraba ya el preludio de lo que en poco tiempo se conocería como el periodo de la Guerra Fría al asegurar

postulados básicos de la religión católica. La Rusia que yo vi recopila sus crónicas de viaje publicadas en Excélsior y ABC.

que el nuevo enemigo de los Estados Unidos sería la URSS. "…los proyectistas tecnológicos ignoran las esperanzas e ideales por los cuales se luchó en esta guerra. Ya están lanzándose al abismo de la próxima guerra mundial, totalmente ciegos de lo terrible que será." No se equivocaba. Australia, por lo pronto, había enviado una fuerza de ocupación a Japón, formada por un grupo naval de cruceros y destructores. El propósito era "hacer ver a Japón que debe reconocer a Australia como principal potencia del Pacífico y como miembro importante de la comunidad británica." Por otra parte, "China deberá dominar en lo futuro las aguas del Lejano Oriente y, con tal propósito, deberá recibir los restos de la marina japonesa", según declaraciones del general chino Chu Shih-Ming, agregado militar chino en Estados Unidos. (Associated Press, 1945)

En la tercera semana de agosto, el periódico El Universal dio a conocer en su Editorial su posicionamiento con respecto a la derrota de Japón y el consecuente final de la Segunda Guerra Mundial. Desde una perspectiva cultural cristiana occidental, el diario consideraba que el problema se trataba básicamente del enfrentamiento entre dos visiones y conceptos de la vida. Por un lado estaban los países culturalmente cristianos "demócratas, defensores de la libertad, de la justicia social y del principio de que el Estado y todas las formas de organización política, son fuerzas que se justifican sólo en la medida que sirven y son útiles al pueblo". Del otro lado del tablero se encontraban aquellos países que, con base en una doctrina falsa, defendían un orden totalitario, con el cual se "trató de adueñarse del mundo y de suprimir los valores morales, jurídicos y económicos que hacen la vida digna de ser vivida." Totalitarismo frente a la democracia. En esta visión maniquea, El Universal dirigía su atención al que consideraba el tercer actor en la lucha internacional desatada a partir de agosto de 1945: el comunismo. "Existe el grave peligro de que un pueril engreimiento con los laureles de la victoria disuelva el espíritu de defensa y permita que los doctrinarios y los activistas del comunismo internacional arrebaten para el totalitarismo los frutos de

la victoria.” Por su parte, el conocido abogado Miguel Alessio Robles escribió que “Dominar en Europa, ese es su sueño (de la URSS). Esa es su ambición. Pero antes que tal cosa acontezca, los Estados Unidos y la Gran Bretaña sabrán colocarla en sus justos límites. No es posible ya continuar accediendo a sus peticiones, porque muchas de ellas son injustas y arbitrarias. No importa que muestre su desagrado el Kremlin, porque primero que nada está la causa justa por la cual tanto combatieron los pueblos unidos, que no permitirán que se empañe y manche con infamias y arbitrariedades.”(Robles, 1945)

El salto hacia la creencia de que en México existía una conspiración comunista fue casi automático: “Hace unos cuantos días el país supo que las fuerzas comunistas han elaborado un ambicioso programa para perforar los núcleos vitales de México y adueñarse de los puntos decisivos de su Gobierno. Tal programa se halla en proceso de ejecución y si el espíritu nacional de defensa no le detiene y neutraliza, terminará volviendo nugatorios para los mexicanos los bienes de la victoria.” México se insertaba así en el ambiente de la Guerra Fría, el de la bipolaridad global, reflejada en la convicción de que en diversos sectores sociales de la sociedad mexicana se había incrustado una supuesta injerencia de la URSS en actividades sociales, culturales o a través de dirigentes decididos a llevar a cabo dicho plan en México (El Universal, 1945).

En esa atmósfera, persistía la atención periodística sobre el futuro de Japón y, en especial, sobre el emperador Hiroito, a quien consideraban que había “descendido de los cielos y del altar en el que lo que tenía su pueblo para esconder miedosamente el puñal del hara kiri y servir incondicionalmente al general MacArthur. Se ha repetido en el Japón la tragedia de Moctezuma (Mena, 1945). A mediados de agosto, la radio japonesa informaba que de acuerdo al último examen de los daños causados por las bombas atómicas, se supo que 480 mil personas habían muerto, fueron heridas o quedaron sin hogar tanto en

Hiroshima como en Nagasaki. El ministro del Interior, Yamasaki, fue el encargado de informar al emperador Hirohito sobre los daños causados así como sobre la ayuda prestada a las víctimas.

Al conocerse las cifras, la reacción en México fue, como casi en todo el mundo, una combinación de admiración, azoro o repudio. Para no pocos, el descubrimiento de la bomba atómica, "…como fuerza para vencer en la guerra, se llegará a la conclusión de que dicho descubrimiento es fatídico y condenable."(Segura, 1945,). Para algunos diarios, el momento era aprovechado por los intereses políticos, sobre todo para mostrar apoyo al partido oficialista en un año en el que ya se había echado a andar la maquinaria por la sucesión presidencial. "Y, en México -se afirmaba en la sección editorial de Novedades- donde tendremos que hallarles pronta solución a un sinnúmero de problemas que trae consigo la paz que, como dijo alguien con ingenio, "acaba de estallar" ¿Estamos, acaso, listos para estar preparados? El informe que el señor presidente de la República ha de leer hoy ante las Cámaras reunidas, tal vez logre sacarnos de dudas. Él, también, sabe hablar a las claras."(Novedades, 1945). Tampoco faltaban las voces que, a pesar del final formal de la guerra, sabían que se abría una nueva etapa de confrontación internacional. "¡Paz! ¿Quién puede sentir paz verdadera si todos y cada uno sabemos que, por nuestra carencia de fraternidad humana, tenemos parte de responsabilidad en la gran tragedia que no ha terminado, que es actual, porque actual es y será aún por mucho tiempo el sufrimiento de miles de seres, y el remordimiento de otros miles? De algún modo habrá que pagar ante Dios esta matanza feroz. De algún modo habrá que indemnizar a todos los seres de tan cruentos sufrimientos. De algún modo tendrá que surgir nuevamente el equilibrio, y que vuelva a triunfar la vida sobre la muerte, el amor sobre el odio, y el espíritu sobre la bestia humana. ¡Hasta entonces habrá paz!"(Seldi, 1945).

El muy conocido escritor Salvador Novo no optó por caracterizar o analizar el bombardeo al Japón y más bien le dio un giro al comentar las consecuencias de la guerra sobre el comercio internacional una vez finalizada. “La bomba atómica -escribió- tuvo la virtud de desintegrar esa situación en sus aspectos más ostensibles. Cancelada la ley de préstamos y arrendamientos, los países europeos exbeligerantes, y señaladamente Inglaterra, han quedado, en teoría, en aptitud, y en la práctica en la necesidad, de procurarse directamente las materias primas que requiera su industria de paz. La libertad precaria que la nueva posición les señala, toma en los Estados Unidos el aspecto de una libertad generosa, y en los pequeños países productores el de una abundante libertad de comercio restablecida a múltiples posibilidades de exportación directa.”(Novo, 1945) Y no eran pocas las voces que consideraban que la tragedia atómica cebada sobre Japón había provocado, paradójicamente, una consecuencia positiva: la paz forzada. “La fuerza atómica, no obstante el porvenir pavoroso, macabro, apocalíptico que le auguran los pesimistas, he aquí uno de sus milagros: bastó un solo acto de su fuerza o poder maravilloso para hacer la paz del mundo.”(Caloca, 1945).

Una paz real era el punto que más preocupaba en México pues a pesar de los avances tecnológicos sobre el manejo de la energía atómica, la destrucción era mayor que las posibles ventajas derivadas de su cada vez mayor dominio. El conocido periodista y escritor Salvador Calvillo Madrigal afirmaba que, a diferencia de los grandes descubrimientos humanos (la rueda, la luz eléctrica, el cinematógrafo, la radio, etc.)- “… vinimos a las de signo negativo; y todo lo hecho ya para el goce y aprovechamiento de la vida se incorporó de modo exclusivo al perfeccionamiento del macabro instrumental sembrador de la muerte.”(Calvillo, 1945, p.4) Había otros que se inclinaban por caracterizar a la energía atómica como el instrumento para dominar la violencia innata del ser humano: “…y conste que seguimos considerando a la atómica, mágica y, a la vez, providencial para

convertirla, por último, sin contradicción, en el instrumento disciplinario de nuestras todavía indómitas inclinaciones."(Escansa, 1945) Ernesto Fuentes, columnista de El Universal, se identificaba con la caracterización dual y contradictoria de la bomba atómica, "..la piadosa y a la vez diabólica bomba atómica, que es mensajera de paz y de terror."(Escasan, 1945)

La opinión generalizada en los diarios mexicanos y norteamericanos era que los Estados Unidos irrumpían en el escenario mundial como la potencia ganadora y líder de todas las naciones. Pero persistía la idea de que ya no era Japón el enemigo a vencer, sino un aliado que llegó casi al final de la guerra con el ímpetu de convertirse igualmente en el otro polo del control mundial: la Unión Soviética. "Nadie mejor que Stalin sabe que desde que cayó la bomba atómica en Hiroshima, los ojos del mundo, que por tanto tiempo estuvieron enfocados en Moscú y el generalísimo rojo, están hoy vueltos a Washington. La lucha entre la democracia y el comunismo crece y se intensifica."(Von Wiegand, 1945)

Un periodista que expresó su anticomunismo con motivo "del descubrimiento científico más escalofriante de la guerra, la bomba atómica" fue el político yucateco Bernardino Mena Brito. Para él, el triunfo de los Aliados, gracias a la bomba atómica lanzada sobre Japón, suponía el inicio de la presencia de la cultura norteamericana en Asia y Europa. Convencido de la rivalidad entre el bloque occidental y el comunista, Mena Brito consideraba que "La creciente rivalidad creada por la arrogancia de la arrolladora influencia comunista, ha recibido un golpe mortal con la rendición del Japón y, más que nada, con el descubrimiento y uso de la bomba atómica."(Brito, 1945).

Al reflexionar sobre el futuro de Japón y su inserción en el nuevo orden mundial, se escucharon voces que consideraban al Japón como culturalmente retrasado y aislado. Esta concepción era de llamar la atención pues Japón contaba, desde el

punto de vista tecnológico, con grandes avances en la industria militar, naviera, acerera y naval. Ciertamente la cultura japonesa había conservado, hacia adentro, una cultura milenaria, patriarcal, la cual proyectaba en la vida familiar y social. De ahí que más de un periodista considerara que un aspecto positivo del final de la guerra, forzada con los terribles bombardeos, era "..la posibilidad de que ese pueblo se modernice en el sentido filosófico de esa palabra; es decir, fue vencido como potencia militar, pero sobre todo en su ideología medioeval, en la esencia teocrática de su gobierno, de principios verdaderamente anacrónicos." Según el veterano revolucionario Gonzalo de la Parra, los japoneses eran un pueblo no civilizado, por lo que debían reconocer que "fueron su aislamiento, su sistema gubernamental atrasado en mil años y también su fanatismo, los autores reales de su derrota."(Gonzalo, 1945). Era claro que la cultura japonesa, a mediados del siglo XX en México, resultaba una realidad muy lejana, cultural, social y económicamente considerada. Ello explicaría las caracterizaciones generalizadoras o con poco sustento sobre el nivel de desarrollo material al que había llegado. La vida económica y técnica japonesas se habían adaptado y beneficiado de su incorporación a una parte del mundo occidental, pero no por ello se despojaron, hacia adentro, de su antiquísima cultura y creencias.

Prácticamente un mes después del bombardeo a Hiroshima y Nagasaki, aún era imparable el asombro y admiración por los avances científicos sobre la energía atómica. Se sabía muy bien de las consecuencias atroces derivadas del bombardeo, pero los avances en el conocimiento de la energía atómica iban ganando cada vez más espacio en el periodismo nacional e internacional. En El Universal, por ejemplo, aparecieron varios artículos firmados por Fernando Ferrari, quien publicaba resúmenes semanales sobre la historia de la investigación de la energía atómica. Estaba tan deslumbrado que investigó desde los inicios del estudio de la física nuclear -cincuenta años atrás- para explicar cómo se había llegado a la obtención de la energía atómica. Ferrari fue un

ejemplo de los periodistas deslumbrados por el avance científico si bien no dejaba de reconocer sus consecuencias desastrosas en caso de no controlarlo. Pareciera que se repetía la historia de un nuevo Prometeo: el hombre había arrancado a la ciencia el conocimiento de la energía atómica pero, si no lograba controlarla, podría acarrearle males para siempre (Ferrari, 1945).

A inicios de septiembre de 1945, la tragedia de los bombardeos a Japón era una nota que paulatinamente dejaba de aparecer en las primeras planas y se combinaba con artículos sobre los diversos y complejos problemas derivados del nuevo orden mundial a partir de la derrota del Japón. Las reuniones multilaterales en la Ciudad de México y en Río de Janeiro, a iniciativa del gobierno norteamericano, se enfocaron en preparar la reorganización mundial una vez terminada la guerra. Era urgente para los Estados Unidos organizar un frente interamericano robusto y plegado a los planes de contrarrestar los eventuales intereses soviéticos en Latinoamérica. Sin embargo, la formación de ese bloque latinoamericano presentaba no pocos obstáculos políticos, derivados principalmente de la inestabilidad interna en diversos países como eran los casos de Argentina, Nicaragua, Guatemala o Paraguay. El experimentado periodista José Pérez Moreno, por ejemplo, observaba que la reconstrucción en Europa misma sería nada fácil, sobre todo en países como Polonia, Grecia, Rumanía o España. En cuanto a las reuniones multilaterales en México y en Brasil, el escritor consideraba que “resultará sensacional todo aquello que haga un hombre o unas docenas de hombres para encontrar solución adecuada tanto para afianzar la paz en el mundo como para llevar a los pueblos oprimidos la libertad.”(Moreno, 1945)

En Tokio, por lo pronto, se instaló el dominio militar de una división del ejército norteamericano. Se llevó a cabo la liberación de los prisioneros aliados, se ocuparon los aeródromos japoneses así como las cuatro islas más importantes de Japón: Honshu, Hokkaido, Shikoku y Kyushu. Por su parte, el jefe de las

operaciones militares aliadas en Japón, Douglas MacArthur, dictó una orden que suprimía sumariamente el cuartel general imperial y se anunció la ampliación de la ocupación a las bases navales del Mar Interior y a la ciudad de Osaka. Por su parte, Japón desmovilizó a una cuarta parte de su ejército metropolitano, el cual constaba de casi 3 millones de soldados. El golpe daba en el corazón del militarismo japonés. Asimismo, el gobierno japonés debía preparar una lista de las fábricas, laboratorios y talleres de la maquinaria bélica para su control por parte de los norteamericanos. La Asociación de Comercio e Industria japonesa informó que las fuerzas aliadas permitirían la conservación de una parte de la industria pesada para proceder a la reconstrucción económica del país. Como era de esperarse, la prensa y la radio japonesas estarían bajo la supervisión de las fuerzas aliadas (Associated Press, 1945).

El diplomático, escritor y político español, Luis Araquistain, cuyos textos eran muy leidos en México, se contaba entre quienes pensaban que la bomba atómica tenía una faceta positiva en cuanto que se había convertido en un arma disuasoria en las relaciones internacionales. Sin embargo, para el periodista la bomba atómica tendría repercusiones políticas de consecuencias mundiales. “Sus efectos políticos están repercutiendo en el mundo entero. Ha acabado para siempre con el mito de los países geográfica o militarmente invulnerables e inexpugnables. Esta realidad ha alterado radicalmente la correlación de las grandes potencias. Por virtud de la bomba atómica, hoy en poder exclusivo de la República norteamericana, ésta pasa a ser primera potencia única……..Inglaterra, sin que la posea todavía, es ahora, en relación con los Estados Unidos, sólo una segunda potencia….Rusia, a pesar de su inmensa población militar, sus inmensas reservas de materias primas, mientras no averigüe el secreto de la bomba atómica, no es

más que una tercera potencia."[6] Otro conocido periodista hispano-argentino, Fernando Ortiz Echague, se sumó a la opinión de concentrar el conocimiento de la ciencia nuclear en manos occidentales (Araquistain, 1945) "…porque ya apuntan en los confines orientales de Europa ambiciones y planes de expansión a los que habrá que poner coto un día u otro…para tener a raya al totalitarismo."(Ortiz, 1945)

En contraste con la visión fundamentalmente política, Juan Manuel Ruiz Esparza expresaba su pesimismo sobre el futuro de la humanidad: "La Ciencia, que debía tener como único punto de mira el alivio de los hombres, tal y como lo hacen las prácticas de Pasteur, los Rayos X, los Puentes Colgantes, el avión, el transatlántico, y en esa holgura del descubrimiento, vivir y revivir, ha formado procedimientos de destrucción, cuya alarma es ya casi inconmensurable hoy: la Ciencia ha encontrado el mejor medio de matar a los hombres, en número increíble y en proporción aterradora. Hoy por hoy el avance de la Física aterra más que alegra! Estamos en los primeros desvíos de Satanás."(Ruiz, 1945).

El muy conocido jurista Eduardo Pallares Portillo, se escandalizaba cuando los bombardeos a Japón obligaron a elaborar un "código de guerra", ya que equivalía a tratar de reglamentar las atrocidades derivadas de la guerra. Haciendo gala de su conocimiento de los tratados de derecho internacional, Pallares Portillo concluía que "Sólo falta para completar la obra grandiosa de los estadistas, diplomáticos y jurisconsultos internacionales, que formulen y declaren obligatorio el estatuto de la bomba atómica para evitar que la humanidad de Occidente se aparte de los cánones de la guerra cristiana".(Pallares, 1945).

[6] Fernando Ortiz Echagüe (1891-1946) fue corresponsal general en Europa y en Nueva York del diario argentino La Nación. Residió en París entre 1918 y 1940. Conocido defensor de los regímenes parlamentarios frente al ascenso de los totalitarismos en la Europa de entreguerras. En 1940 fue testigo y cronista de la derrota francesa. En 1945 asistió a la Conferencia de San Francisco y contó para su periódico el nacimiento de las Naciones Unidas.

El polémico expolítico mexicano y ex rector de la Universidad Nacional, José Vasconcelos, no podía dejar de expresar su opinión, no sobre el bombardeo atómico, sino sobre la derrota del Japón. En vista de su experiencia personal en contra del militarismo callista del cual fue víctima, Vasconcelos no podía menos que arremeter en contra de la camarilla militar que controlaba al emperador Hirohito. En su opinión, el afán de poder y dominio de Japón fue lo que llevo a su derrota total. En vista de su acercamiento a una postura conservadora y filohispanista, coincidía con aquellos que concebían el triunfo aliado como el triunfo de la cultura cristiana occidental. Sin embargo, su dardo estaba dirigido principalmente en contra del militarismo en cualquier sistema político. "Y la humanidad -aseguraba- hubiese acabado ya, destruida por incontables recíprocas venganzas, si no existiese en los hombres de Occidente la convicción derivada del cristianismo, de que no es legítimo humillar a una nación toda entera, aunque sea debido y sea ético humillar a los culpables de las atrocidades cometidas innecesariamente en la guerra."(Vasconcelos, 1945,).

En el afán de reafirmar su alineamiento con los Estados Unidos, a principios de noviembre de 1945 la Secretaría de la Defensa ofreció un banquete en el Casino Militar al general Henry H. Arnold, comandante general de las fuerzas aéreas del ejército de Estados Unidos. Durante esa reunión, el alto oficial norteamericano declaró que "de hoy en adelante cualquier conquistador que quiera dominar al mundo, no tenga duda alguna acerca de la suerte que se le espera si da rienda libre a sus ambiciones y sepa de antemano que ésta será el más absoluto aniquilamiento, no sólo para él mismo, sino también para los pueblos que se coloquen a su lado." Se refirió inevitablemente a la participación del Escuadrón 201, el cual "luchó junto con nuestras fuerzas armadas en las Filipinas." Resaltó sobre todo la etapa de adiestramiento de los pilotos mexicanos quienes pasaron por la formación en el manejo del radar, mecánica, de vuelo y de técnica, del mismo modo que aprendían el buen manejo del avión que debían emplear, es

decir, el P-47.” Anunció que el general MacArthur había recomendado al coronel Rodríguez Cárdenas y al capitán Radamés Gaxiola para la Legión del Mérito (Excélsior, 1945).

En su muy leída columna “¡Buenos días!, Carlos Denegri se incorporó con su mordaz estilo al grupo que rechazaba cualquier acercamiento con la URSS. Olvidando la calculada y destructiva decisión de lanzar dos bombas sobre Japón, Denegri no dudaba en concluir que se debía impedir compartir con los rusos el secreto de la bomba atómica, “…Porque cada vez que se habló a Rusia de cooperación, de amistad, de ideales comunes, Rusia, realísticamente cínica, contestó en términos “nazistas”: fríos, calculadores, suicidas…La bomba atómica, producto de caballeros, no puede caer en manos de los bárbaros.(Denegri, 1946).

Era claro que la información periodística, sin pausa, transitaba de informar sobre el desastre social y económico en Japón y los planes para su reconstrucción económica hacia un enfoque centrado en el depositario idóneo del secreto atómico. Sin embargo, sus propios socios políticos, los ingleses y canadienses, consideraban que los científicos norteamericanos no compartían los más recientes avances sobre la energía atómica. Por su parte, los rusos consideraban -en voz del ministro de Relaciones Exteriores, Molotov- que la URSS estaba en posibilidad de la producción de la bomba “y aún más”. Todo ello sólo fortalecía la visión occidental -aún con las protestas sociales en contra de la bomba atómica- de que los conocimientos de la energía atómica era un “sagrado depósito” que debía guardarse en manos de las potencias anglosajonas (Ortiz, 1945). Sin embargo, la URSS se incorporó a la carrera atómica al instalar un laboratorio experimental en el monte Alagos, localizado en Armenia (Gilmore 1945). La Guerra Fría avanzaba en intensidad, sobre todo, en la carrera armamentista.

El periodista Pedro Gringoire, muy leído en la época, se planteaba el bombardeo a Japón como un problema ético: “Al conocerse mayores datos, se viene imponiendo a la conciencia humana un creciente sentimiento de vergüenza, repulsión y horror. Sube una oleada de protestas, en ninguna parte más clamorosa que en los propios Estados Unidos, merced a la admirable libertad de expresión que ahí campea. Las autoridades militares que ordenaron el bombardeo atómico han tenido que ponerse a la defensiva ante la voz de su propio pueblo.” Gringoire apoyaba la necesidad de controlar -a través de organismos internacionales- la fuerza atómica y privilegiar su uso benéfico para la medicina o la industria, pero nunca más para la destrucción humana (Gringiore, 1945) Para Gringoire, el control de la fuerza atómica era equivalente al enfrentamiento entre el bien y el mal, y era claro que el bien estaba en aquel o aquellos países que lograran acoplar “…a la nueva potencia, fuerzas del espíritu bastante poderosas para aprovechar su capacidad para el bien y neutralizar su capacidad para el mal.” El dilema, para el periodista, era lograr un equilibrio entre el progreso moral y el espiritual del hombre, el cual se había distanciado peligrosamente entre sí y agravado con el descubrimiento de la energía atómica. Por lo mismo, “..a lo que debemos temerle hoy no es al átomo sino a la naturaleza humana, mediante una regeneración total, como el poder del cristianismo…queremos la operación, en lo íntimo de la conciencia humana, de ese dúnamis divino, de ese poder transformador e incontrastable de que hablaba San Pablo: el poder del Evangelio cristiano.”(idem). Otra voz de un experimentado diplomático mexicano, se sumaba igualmente a la necesidad de adoptar una actitud cristiana para contrarrestar la tremenda capacidad terrorífica de la bomba atómica. Ante la comprobación de las atrocidades cometidas en Japón, el diplomático Eduardo Luquin concluía que “…cultos e ignorantes, prevenidos o desprevenidos, coinciden en asegurar que la Humanidad ha alcanzado quizá el más alto grado de desarrollo y perfeccionamiento en la destrucción, pero que

todavía le queda mucho camino para recorrer conforme a la más bella aspiración humana: el cristianismo.” (Luquín, 1945)

IV. Consideraciones finales.

Cada año, el 6 de agosto, Japón conmemora el aniversario de la destrucción de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki por la bomba atómica estadounidense que arrasó con ellas en un abrir y cerrar de ojos. El bombardeo se llevó por delante las vidas de decenas de miles de personas. En todas las ceremonias celebradas hasta hoy en día, la palabra clave ha sido paz. Cuando Tokio se rindió, el 15 de agosto de 1945, más de 200 ciudades japonesas habían sido bombardeadas. Los que vivían en los centros urbanos huían en masa al campo, con lo cual se vino a tierra la suposición de que los japoneses lucharían hasta el final. La población civil sufrió de hambre debido a una red de minas submarinas sembradas por los Aliados que impedían el transporte de los ya escasos suministros de alimentos. La entrada de la Unión Soviética en la guerra el 9 de agosto fue la puntilla que, desde los frentes soviético y estadounidense, generaron el final trágico de la guerra en Japón.

El lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945 significó un antes y un después en la historia de la humanidad. El bombardeo sobre esas ciudades causó una profunda conmoción mundial y se dió paso a tiempos de miedo, incertidumbre y consternación ante un futuro incierto e inseguro. Lo que más inquietaba era el control del manejo de la energía atómica y, al final, se decidió otorgar a la recién creada Organización de las Naciones Unidas un voto medular sobre el uso de eventuales ataques atómicos. Nadie deseaba otro Hiroshima o Nagasaki. Sin embargo, en no pocos países nació la movilización de la sociedad civil alrededor de organismos y grupos anti-nucleares.

Hasta hoy en día, continúan activos grupos que protestaron por los trágicos accidentes nucleares como fueron el de la central nuclear de Three Mile Island, en Pensilvania en marzo de 1979, el de Chernóbil en 1986 y el de Fukushima en 2011. La amenaza del exterminio de miles de personas fortaleció una opinión pública, a nivel mundial, que cuestiona el uso de la energía nuclear en la industria pesada. Sin embargo, sólo se ha conseguido un margen muy limitado con respecto al control y uso de la fisión nuclear y la consecuente e inmensa liberación energía. No podemos olvidar las palabras de Albert Einstein quien aseguró que la obtención de energía a partir del átomo cambió el curso de la historia y, sin el debido control para su uso, la humanidad podría arriesgarse a una catástrofe sin igual.

V. **Fuentes de información**

Aguilar M., E. (1945, 7 de agosto). Yo escuché la explosión atómica, dice Raúl O'Leary. Excélsior.

Aguilar Marañón, E. (1945, 7 de agosto). Yo escuché la explosión atómica, dice Raúl O'Leary. Excélsior.

Agrado en Acción Nacional. (1945, 16 de agosto). Novedades. https://www.gob.mx/agn/articulos/agn-recuerda-a-hiroshima-via-el-nacional

Alessio Robles, M. (1945, 13 de agosto). La paz en el mundo. El Universal.

Alessio Robles, M. (1945, 24 de septiembre). Rusia y los angloamericanos. El Universal

Apresuró la fotografía la llegada de la paz: Miras Kodak que hicieron más precisa la puntería. (1945, 22 de agosto). Excélsior, Suplemento de instantáneas

Araquistain, L. (1945, 11 de septiembre). Cartas de Inglaterra. Excélsior.

Associated Press. (1945, 2 de agosto). Grandes fábricas fueron atacadas. Excélsior

Associated Press. (1945, 5 de agosto). 12 ciudades niponas en la lista mortal. Excélsior.

Associated Press. (1945, 6 de agosto). La bomba sigue siendo un secreto. Excélsior.

Associated Press. (1945, 6 de agosto). Tokio bombardeada por ochenta aviones. Excélsior.

Associated Press. (1945, 7 de agosto). “¡Dios mío!” exclamaron los aviadores sobre Japón. Excélsior.

Associated Press. (1945, 7 de agosto). Causa pánico la nueva bomba. Excélsior.

Associated Press. (1945, 7 de agosto). Decisiva arma para hacer la paz. Excélsior.

Associated Press. (1945, 7 de agosto). El acontecimiento más revolucionario de la historia. Excélsior.

Associated Press. (1945, 7 de agosto). El acontecimiento…. Excélsior.

Associated Press. (1945, 7 de agosto). El calor se siente a 32 kilómetros de distancia. Excélsior.

Associated Press. (1945, 7 de agosto). El nuevo terror de los cielos. Excélsior.

Associated Press. (1945, 7 de agosto). Produjo una reacción de furia en Tokio la destructora arma de los americanos. Excélsior.

Associated Press. (1945, 7 de agosto). Truman anuncia el empleo de la bomba atómica. Excélsior.

Associated Press. (1945, 8 de agosto). No quedó un solo ser vivo en Hiroshima. Excélsior.

Associated Press. (1945, 9 de agosto). La segunda bomba fue arrojada hoy sobre Nagasaki: No hay detalles de los estragos de esta bomba. Excélsior.

Associated Press. (1945, 10 de agosto). Japón guarda silencio de muerte respecto a Nagasaki: Ningún comentario sobre los ataques atómicos. Excélsio.

Associated Press. (1945, 10 de agosto). Tokio amenaza con otra bomba terrorífica. Excélsior.

Associated Press. (1945, 11 de agosto). Casi la tercera parte de la industrial ciudad de Nagasaki ha desaparecido. Excélsior.

Associated Press. (1945, 21 de agosto). Australia envía sus fuerzas al derrotado Japón. Excélsior.

Associated Press. (1945, 21 de agosto). China quiere aguas del Lejano Oriente. Excélsior.

Associated Press. (1945, 11 de septiembre). Fin del militarismo en el Japón. Excélsior.

Associated Press. (1945, 15 de noviembre). Rusia, a un paso de la bomba atómica. Excélsior.

Caloca, L. G. (1945, 3 de septiembre). Ariel y Calibán. El Universal.

Calvillo Madrigal, S. (1945, 3 de septiembre). Vacaciones de los sabios. El Universal.

Caso, A. (1945, 10 de agosto). El sueño de Renan. El Universal.

Cornell, D. B. (1945, 9 de agosto). Deben salir los civiles nipones de sus centros industriales. Excélsior.

Cornell, D. B. (1945, 9 de agosto). Hiroshima es una legítima meta militar. Excélsior.

De la Parra, G. (1945, 7 de septiembre). ¿Habrá victoria espiritual sobre el Japón? El Universal.

De la Selva, S. (1945, 10 de agosto). Venganza de los sabios. El Universal.

Denegri, C. (1945, 9 de noviembre). La bomba atómica… producto de caballeros. Excélsior.

Escasan, J. B. (1945, 29 de agosto). La bomba, una palmeta para el universo. Excélsior.

El asunto del día se trató ayer en el Colegio Nacional. (1945, 10 de agosto). El Universal.

El temor a las fuerzas desconocidas impondrá la paz, dice Arnold. (1945, 3 de noviembre). Excélsior.

Ferrari, F. (1945, 8 de septiembre). Los neutrones, arma de la medicina y esperanza de una vida tranquila. Excélsior.

Fuentes, E. (1945, 5 de septiembre). Lo trascendente y lo intrascendente. El Universal.

Gringoire, P. (1945, 4 de octubre). Fuerzas atómicas y fuerzas espirituales. Excélsior.

Guisa y Acevedo, J. (1945, 10 de agosto). Rusia contra Japón o Stalin plagiador de Mussolini. Novedades.

Habla un astrónomo mexicano sobre la terrible bomba atómica. (1945, 9 de agosto). El Universal.

Hablando en plata. (1945, 1 de septiembre). Novedades.

Hutchenson, J. (1945, 3 de agosto). La bahía de Nagasaki fue objeto de un bombardeo. Excélsior.

Hutcheson, J. (1945, 3 de agosto). Doce barcos nipones hundidos por aviones aliados. La bahía de Nagasaki fue objeto de un bombardeo. Excélsior.

Hutcheson, J. (1945, 6 de agosto). MacArthur congrega fuerzas para lanzarlas a la invasión del archipiélago japonés. Excélsior.

Inurreta, J. L. (1945, 19 de agosto). Stalin, Alemán y Lombardo. El Universal.

International News Service. (1945, 9 de agosto). Se rendirá el Japón en muy breve plazo. Excélsior.

Lara Pardo, L. (1945, 21 de agosto). Reeducando al Japón. Excélsior.

Lawrence, D. (1945, 10 de agosto). La inevitable rendición. Excélsior.

La derrota del Japón. (1945, 11 de agosto). Excélsior.

Luquín, E. (1945, 8 de octubre). La bomba atómica. Excélsior.

Mena Brito, B. (1945, 23 de agosto). Su majestad Hirohito. El Universal.

Murow L., S. (1945, 10 de agosto). Breve descripción de la estructura del átomo. El Universal.

Novo, S. (1945, 13 de septiembre). Ventana. Novedades.

O'Brien, F. (1945, 7 de agosto). Le causó mala impresión al Papa la bomba atómica. Excélsior.

Opinión de Lombardo Toledano. (1945, 16 de agosto). Novedades.

Ortiz Echagüe, F. (1945, 15 de agosto). Quo vadis Homo? Excélsior.

Ortiz Echagüe, F. (1945, 18 de septiembre). La bomba atómica. Excélsior.

Ortiz Echagüe, F. (1945, 10 de noviembre). Otro nudo gordiano. Excélsior.

Paloma de paz; bomba atómica. (1945, 11 de agosto). Excélsior.

Paloma de paz; bomba atómica: Late el pulso de México bajo el impulso de la noticia: Japón se rinde ante la formidable arma. (1945, 11 de agosto). El Universal.

Pallares, E. (1945, 14 de agosto). Eritis sicut Dii. El Universal.

Pallares, E. (1945, 11 de septiembre). La bomba y las leyes de la guerra. El Universal.

Pearson, D. (1945, 4 de agosto). Rendición en el otoño. Excélsior.

Pearson, D. (1945, 21 de agosto). Carrousel de Washington. Excélsior.

Pérez Moreno, J. (1945, 10 de agosto). La nueva arma. El Universal.

Pérez Moreno, J. (1945, 7 de septiembre). Sensacionalismo. Excélsior.

Piñó Sandoval, J. (1945, 7 de agosto). Una bomba atómica bastaría para destruir nuestra ciudad. Excélsior.

Piñó Sandoval, J. (1945, 7 de agosto). Una bomba atómica bastaría para destruir nuestra ciudad: Un kilo de materia desintegrada equivale a 25 millones de kilovatios-hora. Excélsior.

Revisión de las instituciones. (1945, 16 de agosto). Novedades.

Ruiz Esparza, J. M. (1945, 10 de septiembre). El peligro atómico. El Universal.

Salazar Mallen, R. (1945, 18 de agosto). El triunfo de la crueldad. Excélsior.

Segura, L. G. (1945, 29 de agosto). La bomba y el futuro. Excélsior.

Seldi, R. (1945, 7 de septiembre). Aún no hay paz. Novedades.

Se construyen ciudades enteras para el experimento. (1945, 7 de agosto). Excélsior.

Shaw, G. B. (1945, 19 de agosto). Lo bueno de la bomba atómica es que resulta demasiado mortífera. Excélsior.

Terremotos artificiales en el Japón: Son desatados por la bomba atómica norteamericana. (1945, 7 de agosto). Excélsior.

Tokio admite que una gran invasión sí triunfaría. (1945, 5 de agosto). Excélsior.

Todos los comentarios coinciden en advertir este peligro: La guerra ha terminado pero la paz no vino. (1945, 16 de agosto). Novedades.

Tracy, W. H. (1945, 5 de agosto). Comentario semanal de la guerra. Excélsior, Segunda Sección.

Urrea, B. (1945, 15 de agosto). La bomba trágica. Novedades.

Vasconcelos, J. (1945, 14 de septiembre). Rendición incondicional. Novedades.

Vergara, P. (1945, 11 de agosto). El descubrimiento del radium fue la base de la bomba atómica: Esta puede ser hecha en otros países y es un terrible peligro. Excélsior.

Von Wiegand, K. H. (1945, 5 de septiembre). La Meca es Washington. Excélsior.

Zamora, F. (1945, 18 de agosto). El costo de la guerra. El Universal.

Zamora, F. (1945, 25 de agosto). El sueño de Aristóteles. El Universal.